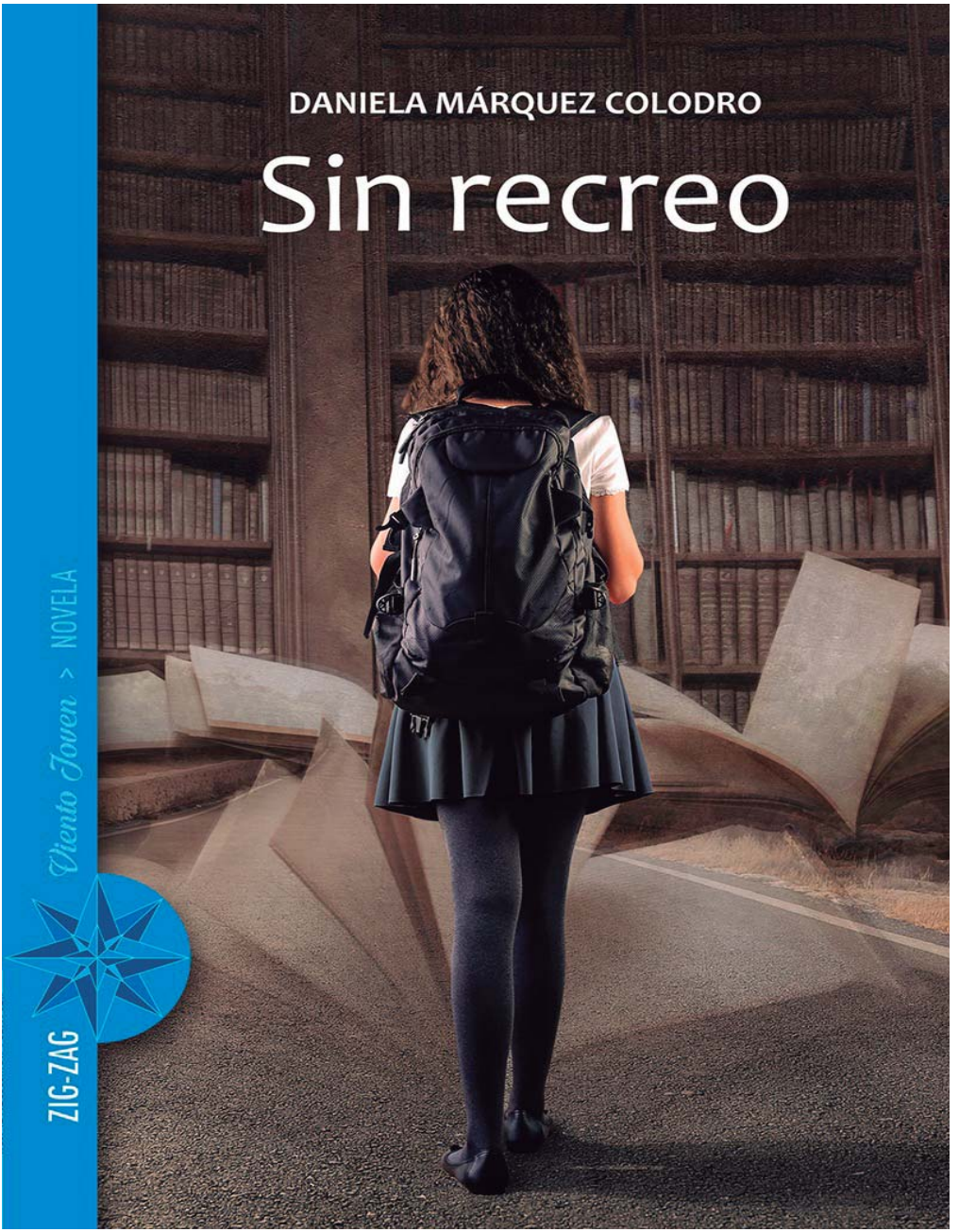
A-PDF Page Cut DEMO: Purchase from www.A-PDF.com to remove the watermark



Sin recreo

Daniela Márquez Colodro

ÍNDICE

CAPÍTULO 1
Consuelo

CAPÍTULO 2
Florencia

CAPÍTULO 3
Consuelo

CAPÍTULO 4
Florencia

CAPÍTULO 5
Consuelo

CAPÍTULO 6
Florencia

CAPÍTULO 7
Consuelo

CAPÍTULO 8
Florencia

CAPÍTULO 9
Consuelo

CAPÍTULO 10
Florencia

CAPÍTULO 11
Consuelo

CAPÍTULO 12
Florencia

CAPÍTULO 13
Florencia

CAPÍTULO 14
Consuelo

CAPÍTULO 15
Florencia

CAPÍTULO 16
Consuelo

CAPÍTULO 17
Florencia

CAPÍTULO 18
Consuelo

CAPÍTULO 19
Florencia

CAPÍTULO 20

Consuelo

CAPÍTULO 21
Florencia

Para mis hijos,
como siempre.

Consuelo

Nací un 22 de enero. Dicen que cuando mi mamá me vio, enmudeció. Y no precisamente por el cansancio del parto. Digamos que no fui lo que llaman una hermosa recién nacida. Todo lo contrario. Cuando las visitas llegaron a la clínica con regalos y flores, fue tal el impacto, que se limitaron a decir que era exquisita, amorosa, tierna, pero jamás pronunciaron adjetivos como “preciosa”, “bella” o algo parecido. No era deforme, ni con tres orejas, ni con una cabeza desproporcionada o extremadamente peluda, simplemente era fea.

Fui bautizada como Consuelo y crecí sin demasiados mimos, con la promesa de que a medida que corrieran los años me convertiría en una bella jovencita. Así, mi vida se basó en el cuento del patito feo, rogando a escondidas con cada deseo de cumpleaños que al terminar de soplar las velas me convirtiera en un hermoso cisne. Pero cumplí quince años y seguí siendo la misma fea. Nada de cisnes. Los ojos juntos y saltones, los dientes muy pronunciados y grandes, el pelo excesivamente crespo y grueso, la cara bastante redonda.

En segundo básico recibí mi primer apodo: la “Cara de flato”. Tuve que soportarlo todo el año, a cada momento, por cualquier cosa. Fue tanto, que muchos comenzaron a llamarme así y

olvidaron mi verdadero nombre. En tercero cambiaron “Cara de flato” por “Cara de moco”, el que después, en cuarto, derivó en “Cara de meca”, y así los años pasaron y la lista aumentó.

¿Por qué a mí?, me preguntaba cada vez que era objeto de humillaciones y maltratos. No le hacía mal a nadie, cumplía mis obligaciones escolares, tenía buenas notas. La frecuencia de esos insultos aumentó sin que yo diera pie a nada, y ese dolor, mezcla de angustia y terror, se hizo cada vez más fuerte, a tal punto que con los años me propuse pasar lo más inadvertida posible en la sala para que nadie se fijara en mí. Jamás levanté la mano para responder a las consultas de las misses, aun cuando fuera la única que supiera las respuestas. Nunca me ofrecí para nada ni me reí a un volumen demasiado alto. Ni siquiera trabajé en las campañas solidarias. Nada, con tal de no llamar la atención de los demás. Así, ser invisible, ser nadie, se transformó en mi especialidad.

Recibir las burlas despiadadas de mis compañeros en el colegio ha sido como tener una enfermedad crónica, como una larga agonía de la que ignoraba si alguna vez podría experimentar alguna mejoría.

Cuando nació mi hermana Esperanza, al año y medio siguiente de mi llegada, dicen que la cara de satisfacción de mis padres y abuelos se instaló en la clínica. Una especie de alivio y recompensa divina. Esperanza era una niña hermosa. Algo así como la versión mejorada de nuestra mamá, que era realmente preciosa. Al fin la naturaleza hacía bien su trabajo y esta nueva hija les devolvía la “esperanza” de una descendencia bendecida con la belleza genética de los antepasados de mi mamá.

Mis padres son médicos. El nombre de mi papá es Raúl Miralles y es gastroenterólogo; trabaja mucho: en un hospital, por la mañana, y en su consulta privada, por la tarde. Es muy estudioso y se lo pasa largas horas encerrado en su escritorio leyendo los fines de semana. Tal vez por eso es tan callado y solitario. Seguramente

está todo el tiempo pensando en los nuevos avances, protocolos y exámenes y en terapias y cosas que no entiendo bien. Me siento muy identificada con él.

Mi mamá es dermatóloga. Su nombre es María Eugenia Velasco y todos la llaman "Quena". Tiene una consulta en el edificio del mall Panorámico en Providencia. Trabaja mucho y atiende pacientes hasta muy tarde. La veo poco, pero los fines de semana está más en la casa. En la casa, pero no en la cocina. Para ella, el tema de la comida es simplemente matar el hambre, nada más. Sabores y olores son para las novelas, no para la vida real, dice siempre cuando le preguntan por qué no cocina. Lo suyo es la belleza en el sentido más amplio, desde la decoración de cada rincón de la casa, el modelo y color de su auto, pasando por su cuerpo, vestuario, zapatos, accesorios, hasta su pelo. Así, la casa cambia como lo hacen las estaciones del año. Cortinas, visillos, cubrecamas, toallas y manteles duran menos que el jardinero, al que cambia todo el tiempo, igual que a las plantas, flores, arbustos y juegos de terraza. Lo de ella es el cambio constante para embellecer y mejorarlo todo. Pasamos de cortinas verde olivo a rojo furioso en menos de lo que uno tarda en acostumbrarse al nuevo color. De manteles de algodón bordados con florcitas en tonos suaves a gruesos tejidos mapuches; de cubrecamas hechos a crochet a multicolores *patchworks*. Todo en ella es así. Solo se puede tener la certeza de que lo que se está viendo hoy puede cambiar mañana.

Más allá de estilos y tendencias en la casa, existen espejos por todas partes para admirar cada rincón o para mirarse, asunto que yo no hago. Odio los espejos y jamás me miro en uno.

Por suerte no cambia de nana, porque nuestra Malucha ya es parte de la familia y porque sin ella moriríamos literalmente de inanición.

Mi hermana Esperanza está a un mes de cumplir catorce años.

Tiene los ojos verdes y almendrados de mi papá, coronados por un puñado de pestañas largas y curvas que no necesitan maquillaje; el pelo ondulado y negro de mi mamá, sin *frizz*; los dientes blancos, grandes, parejos, lo mismo que su sonrisa de labios perfectamente delineados y rosados. Nada le falta ni le sobra. Nada está mal ubicado. Todo funciona. Y para completar tanta maravilla, es alta y delgada. Es muy simpática y tiene más amigos de los que seguramente acumularé en toda mi vida. Además, es graciosa. Cocina queques y galletas con recetas que baja de internet, chatea en las tardes con no sé cuántos amigos y amigas del colegio –algo que todavía no hago con Florencia–, se sabe todas las canciones de moda y las canta y tararea mientras se ducha. Y todo lo que viste le queda perfecto. Se mira en cada espejo por el que pasa y sonríe, igual que mamá. Le encantan las cosas lindas, desde sus libretas, su agenda, su celular, la mochila del colegio y hasta la billetera. Todo tiene que ser precioso. Ha rechazado varios ofrecimientos de pololeo. Sale con Andrés Rodríguez, el estupendo de cuarto medio que tiene más fans que galán de teleserie; recibe peluches con frecuencia, los que acumula sobre su cama, y si el teléfono suena, seguro que es para ella o para nuestra Malucha. Jamás para mí.

Malucha es la nana de la casa. Es una gordita muy graciosa, de trenzas negras y gruesas, bajita, y con una gran sonrisa de dientes blancos y parejitos. Tiene un lunar negro, redondo y plano en el medio de la pera, y las piernas más peludas que nunca vi. Llegó a la casa cuando mi mamá estaba embarazada de mí para ayudarla, cuando aún era una veinteañera soltera y delgada. Al tiempo después, con Esperanza ya en la casa, se fue quedando. Nunca se casó ni tuvo un amor, al menos conocido. Su familia es originaria de Loncoche. Su fallecido padre trabajó en la inauguración del ferrocarril a Pitrufquén cuando todavía era un niño. Su mamá, doña Carmen, y su hermano Carmen todavía viven allá. Nunca he entendido por qué su único hermano hombre tiene el nombre de su

mamá y no el de su papá.

Pero, en fin, lo cierto es que su hermano Carmen se dedica a criar abejas, o sea, es apicultor. Se gana la vida vendiendo la mejor miel de quillay que he probado en mi vida. Por lo general, viene a Santiago a comprar materiales especiales para su oficio y aprovecha de salir con Malucha y la invita a tomar once al centro. Desde chicas aprendimos a decirle tío Carmen y a saborear e incluir su miel en el pan, la leche y algunos postres. Carmen es además voluntario de la Tercera Compañía de Bomberos de Loncoche, y todavía vive con su mamá, que es una conocida artesana del cuero. De hecho, en nuestra sala de estar hay un juego de cachos que nos mandó ella para una Navidad.

Malucha es de esas personas que pareciera que se duermen y se levantan contentas. Una especie definitivamente en extinción. Eso está claro. Lo cierto es que gracias a ella hemos tenido una infancia llena de risas y juegos y, lo más importante, hemos comido decentemente todos estos años. No digamos que es una experta cocinera, pero al menos es buena. Su salsa boloñesa es de las mejores que he probado, aunque no se compara con la que hace donde Florencia. Nadie puede negarse a una boloñesa, da lo mismo la receta. Charquicán, porotos granados, pantrucas en invierno, salpicón en verano, cazuela de vez en cuando, puré de papas con salchichas o con huevo frito; todo lo que preparan las santas manos de Malucha es bueno.

FLORENCIA

Soy la típica gorda del curso. Los sabores y aromas de todo tipo de alimentos y aliños son parte de mi vida desde que nací. Mi familia es italiana. Me refiero a que todos los Bassi somos, de alguna manera, gordos. Mi papá es chef y tiene una pequeña empresa de *delicatessen* instalada en la enorme cocina de la casa. Por eso el aroma a sofrito de ajo o a caramelo es parte de mi cotidianidad, como en otras casas lo es el olor a tostadas por las tardes.

La mía es de esas familias italianas que escaparon de la Primera Guerra Mundial rumbo a América. Mi bisabuelo, Pietro Bassi, era descendiente de una familia de fabricantes de jabón de Castilla, una de las más renombradas de la ciudad de Savona, al norte de Italia, donde abundan el aceite de oliva y los depósitos de soda. Muy joven tuvo que dejar su tierra natal y aventurarse a cruzar el Atlántico por orden de su padre, quien, temiendo el peligro de una inminente guerra, le aconsejó que viajara rumbo a América en busca de un futuro más próspero y seguro. Tenía la personalidad y la juventud para hacerlo.

Avecindado en Chile y una vez que pudo ahorrar la cantidad suficiente como para pagar un arriendo, comprar refrigeradores de segunda mano, baterías de cocina, utensilios y loza, Pietro Bassi

logró instalarse con un pequeño restorán de comida italiana que ofrecía almuerzos a los ejecutivos del barrio de avenida Matta, en la capital, el que en honor a su madre llamó *La Bolognese di María*. Con no más de seis mesas cubiertas con manteles de diseño cuadrillé en tonos blanco y rojo, que mandó a coser a la dueña de la pensión en la que vivía, comenzó a preparar aquellos platos que su *mamma* le cocinaba con tanto cariño cuando era tan solo un *piccolo ragazzo*. Gracias a la buena mano de su madre y al recuerdo nítido de sus recetas, vecinos y profesionales del barrio pudieron disfrutar de una verdadera y fresca pasta casera, y de una amplia variedad de salsas que no se veían por esos años en Chile, partiendo por supuesto por la primera, la famosa salsa boloñesa que tanto adoramos en mi casa hasta hoy.

El negocio familiar creció y prosperó, traspasando las fronteras del barrio. Gente de todas las comunas se acostumbró a almorzar en el restorán, hasta que el flujo obligó a mi bisabuelo a ampliar el local y aumentar el número de mesas al doble y luego al triple, manteniendo, por cierto, el carácter hogareño y familiar de siempre.

Los años pasaron y nacieron Paolo –mi papá– y tío Enrico. Y cuando salieron del colegio decidieron continuar con la tradición familiar y potenciar aún más el negocio. Por esos años falleció el bisabuelo, y al poco tiempo, su mujer. Entonces, el negocio quedó en manos del abuelo Agostino, y mi papá pensó que una buena manera de hacerlo crecer era preparando lo mismo que se ofrecía en el restorán, pero "para llevar". Confiado en su proyecto, agrandó la cocina de la vieja y enorme casa en la que vivía la familia y se instaló con el negocio paralelo, haciendo en un comienzo los mismos platos que ofrecía *La Bolognese di María*, y después ampliando la oferta a una infinita variedad de productos envasados y preparaciones caseras típicas de Italia. El negocio fue tan exitoso, que cuando se casó con mi mamá, decidió trabajarlo

con ella. Hoy, la fábrica de *delicatessen* funciona en nuestra casa, en la enorme cocina del primer piso. Y tío Enrico está a cargo del restorán. Los abuelos ya están retirados.

Por lo tanto, en mi casa siempre se ha comido bien y mucho. No solo por la infinita variedad de platos, sino por placer. En mi familia, el momento de comer es especial. No es solo alimentarse; también es comunicarse, es expresar cariño por el otro, es acompañarse y disfrutar de un sabroso momento familiar, aunque no conversemos mucho. Y está claro que nosotros sí que sabemos gozarlo y se nota a simple vista.

Por supuesto, ser la gorda del curso ha sido muy difícil para mí durante todos estos años escolares. No solo porque para mi desgracia el resto de las niñas del curso son extremadamente delgadas, lo que hace que la diferencia sea demasiado notoria, sino porque tengo que soportar las burlas y humillaciones constantes de todos, y lo doloroso que es sentir cada momento el rechazo que provoco en los demás. Es imposible no darme cuenta de cómo me miran y adivinar lo que comentan de mí. Con el correr de los años y las constantes burlas, mis compañeros han logrado hacerme sentir diferente, extraña y poco deseada. Lo peor es que cada vez se me hace más insoportable sobreponerme a ese desprecio permanente. A veces me pregunto qué va a ser de mí, y no encuentro la respuesta. Hago esfuerzos considerables por proyectar mi vida, pero no logro visualizar nada. La pantalla está en negro.

Estos últimos meses, mis abuelos se han estado quejando conmigo durante los sábados y domingos familiares. Según ellos, ya no soy la misma que cuando pequeña, una niñita alegre y graciosa, que irradiaba felicidad; con los años he ido perdiendo ese encanto y esa chispa tan míos. Dicen que ando tristona por la casa, como un fantasma, ya no sonrío y me la paso encerrada. Por lo demás, creen que no hay nada de malo con mi aspecto “XL”; para

ellos sigo siendo su *bella ragazza* y que nadie en el mundo es más hermosa que yo. Para ellos, la palabra "gordura" es sinónimo de salud y hermosura no solo porque también ellos lo son, sino porque realmente así lo creen. Por supuesto no asisten a mi colegio ni entienden el infierno que vivo cada día. Eso está claro. Pero me entristecería angustiarlos con la crueldad de mis compañeros; prefiero entonces hacerles creer que estoy pasando por la manoseada "edad del pavo" para que no hagan más preguntas ni se preocupen por mí. Lo que pasa es que los adoro demasiado como para atormentarlos con mis problemas. Puedo imaginar la tortura que sería para ellos saberme despreciada y humillada día tras día.

Desde que tengo memoria, al igual que mi amiga Consuelo, soy víctima de las burlas y continuos maltratos de nuestros compañeros. Tal vez por eso nos acercamos al comienzo, como una manera de unir fuerzas o juntar calamidades. Da igual. La cosa es que ni a ella ni a mí nos cotizan las niñas del curso. Somos algo así como las típicas manzanas machucadas que afean la frutera; las flores deshojadas y marchitas que destiñen en el jarrón de flores frescas y coloridas. En fin, las metáforas son infinitas. Lo cierto es que entre las dieciséis mujeres delgadas y menudas que hay en el curso, dos no encajamos. Qué se le va a hacer. A veces, la vida es extraña y otras, demasiado injusta y cruel.

Consuelo

Caminar hasta la casa de Florencia es de los momentos que más atesoro en la vida. No solo porque caminar se ha transformado en una de las cosas que más me gusta hacer, sino porque sé que no saldré de allí sin que esos sabores y aromas que envuelven esa casa tomen forma real y sean degustados por mi paladar.

Camino feliz las doce cuadras que separan nuestros hogares con tal de probar alguna exquisitez preparada por el tío Paolo o la tía Viola. A Florencia le carga caminar y sé que esa distancia podría transformarse en un infierno.

La semana pasada miss Alba nos dio la oportunidad de subir nuestros promedios de Historia con un trabajo libre sobre cualquiera de las unidades que nos pasaron. Y como ya estamos en primero medio y las notas comienzan a valer su peso en oro, había que aceptar la oferta. De inmediato miré a Florencia, con quien además comparto banco; ambas entendimos que el trabajo lo haríamos juntas, y en su casa, obvio. Era la oportunidad de sentir esos olores y envolverme en esos sabores tan especiales que en mi casa jamás se disfrutaban.

Si había algo que definía a Florencia, era, primero, su inteligencia a prueba de genios. Y, segundo, su corazón. El más

bondadoso y frágil que conocí. ¿Qué más se podía esperar de una amiga?

Cuando Florencia me abrió la puerta, el olorcito a cierta variedad de aliños despertó no solo mi apetito, sino todos mis sentidos. Preparaban pasta casera y la tía Viola condimentaba una gran olla de salsa de tomates al estragón que sería envasada. Al pasar por la cocina pude ver una gran cantidad de bandejas cubiertas con tallarines kilométricos, estirados unos junto a los otros, sobre mesones. Cubrían todas las superficies disponibles e imaginables. Parecían lanas de diferentes colores.

Antes de subir, y mientras miraba boquiabierta todo el despliegue culinario que tenían en esa casa, Florencia abrió uno de los cuatro refrigeradores, destapó un frasco de vidrio y sacó una trenza de mozzarella fresca que dividió en dos partes con sus manos. Subimos al segundo piso paladeando ese queso maravilloso, que comí por primera vez en esa casa.

Para el trabajo con Florencia optamos por la Unidad 1, sobre "Entorno Natural y Comunidad Regional", y específicamente sobre el papel de la sociedad en la creación del paisaje y el efecto ambiental de la acción humana. ¡Música para nuestros oídos! Y es que con Florencia siempre estamos buscando información en Internet sobre calentamiento global, contaminación y calidad del aire. En eso me parezco mucho a mi papá. Constantemente les estoy dando vueltas a las cosas, estudiando posibles soluciones, tratando de entender las causas. No en toda ocasión obtengo respuestas ni resuelvo los problemas, pero al menos estrujo las posibilidades. Eso me deja tranquila.

La tarde pasó volando y cuando me preparaba para salir, tía Viola nos llamó a comer con la promesa de llevarme a casa después y evitar que caminara sola de noche. No podía creer tanta felicidad. Comería con los Bassi esa noche. Cuando bajamos a sentarnos a la mesa, iba muy excitada y preparada para lo que

venía. Mis papilas gustativas iban en franco precalentamiento y mis glándulas ya salivaban por adelantado. Demasiado bueno para ser real. Al entrar al comedor, los tíos y Marta, la sobrina de la nana, estaban sirviéndose distintos tipos de pasta desde esas fuentes de loza y derramando sobre los platos una buena cantidad y variedad de salsas diferentes. Tomate al estragón, boloñesa con carne picada y no molida; otra de tomates también, pero con mariscos; una de salsa blanca con trozos de jamón y arvejas, y, la última, de pesto. Por supuesto, un banquete que para ellos era pan de cada día. Paladeé cada salsa, cada pasta, como si fuera mi última cena. Como si fuera la última vez que iba a probar y a disfrutar de esos sabores de pastas a la espinaca, al huevo o al pimentón. Y todo, por supuesto, con la exageración que me caracteriza. Lentamente, uno por uno, mastiqué, saboreé y me deleité con esa cena, hasta que mi cuerpo dio la señal de alarma y comprendí que no me cabía un tallarín más. Todos conversaban, como si comer no fuera urgente. Con esa certeza de saber que lo que estás degustando va a estar mañana. En cambio, yo no. Lo mío era de vida o muerte. No habría otra oportunidad.

Los minutos pasaron volando, y si en algún momento se me pasó por la mente que lo mío era pura gula, dejé de pensarlo al ver cómo comían los demás. Qué manera de vaciar fuentes. Parecía un concurso de televisión, de esos en los que tienes que comer la mayor cantidad de *hot dogs* posibles. Más encima, con conversación incluida.

Al verlos comer, conversar entre ellos y servir sus platos tan generosamente, lamenté desde lo más profundo de mi alma no haberme echado todo lo que quería en el plato en un comienzo. Es que me pareció inadecuado, especialmente porque fui la primera en hacerlo. Por suerte alcancé a repetirme de todo antes de que se acabara. Porque todo se acabó, no quedó un tallarín suelto. Nada.

Antes de subirnos al auto, tía Viola me pasó un paquete de papel

craft con mucho cuidado. “Es un engañito para tu mamá”, me dijo. “Es aceite de oliva con trufa blanca, una verdadera exquisitez”, agregó luego, haciendo una mueca con los labios muy divertida. Con el tiempo de ser amigas, comprobé que tía Viola, para reforzar el significado de las palabras, usaba algunas como “delicioso”, “exquisito”, “maravilloso”, “espectacular”, entre muchas otras.

Camino a casa, sentada en el asiento trasero del auto de su mamá, me vine concentrada en todo lo que veía por la ventana: las luces de las casas encendidas, varios hombres abriendo portones y entrando sus autos, señoras botando basura, perros ladrando detrás de las rejas. De pronto, mi mente volvió a la mesa del comedor de los Bassi, al ruido de cubiertos sobre los platos, a la conversación de los adultos, a las fuentes con pastas multicolores y a las risotadas, y no sé qué fue, pero algo me hizo recordar aquella tarde, cuando celebrábamos el cumpleaños de mi hermana Esperanza. El quinto, creo. Ella usaba un vestido de Blancanieves hermoso, que hacía resaltar su pelo negro y sus ojos impactantemente verdes. Sus zapatos de charol negros brillaban como bolas de *pool*, y sobre sus labios rosados mi mamá puso una gran cantidad de brillo labial rojo, tan rojo como el cintillo de raso que llevaba puesto. Y de pronto me vi a mí misma en el baño, con mi disfraz de conejo peludo color gris, sentada en el excusado, llorando y sin querer salir, esperando secretamente que mi mamá viniera a rogarme que me reintegrara a la fiesta o simplemente a proponerme cambiar mi horrendo disfraz, lavarme la cara y bajar. Me vi sentada después en el suelo, con la espalda apoyada en la muralla, cansada de llorar, con esa sensación de soledad que muchas veces he sentido cuando estoy en medio de la gente.

Aquella tarde nadie vino a buscarme. Cuando desperté, el baño estaba oscuro. A través de la ventana redonda pude escuchar que afuera los niños se despedían junto a sus padres y daban las

gracias por el estupendo cumpleaños a mis papás. A los pocos minutos, Esperanza subió a la pieza con una bolsa llena de regalos. Yo ya estaba en la cama, con mi pijama. A pesar de que ya no me quedaba una gota de sueño, me hice la dormida con tantas ganas que no recuerdo cómo ni cuándo al fin me dormí. Hacía muchos años que no recordaba ese día.

Fue la voz de Florencia la que me hizo volver al mundo real. Ya estábamos en la puerta de mi casa. Después de dar las gracias y de despedirme, me sentí muy afortunada de la amistad que teníamos. De saber que cuento con ella de verdad. Y que a pesar de no ser populares, de no tener más amigos y de no poseer una de esas invitaciones que repartió Juanita Aguirre para ir a la piscina temperada este sábado a celebrar su cumpleaños, nos teníamos la una a la otra. Con eso me bastaba.

FLORENCIA

Esta semana, Juanita Aguirre repartió invitaciones para su fiesta de cumpleaños en la piscina temperada de un club muy exclusivo, pero, como siempre, yo no recibí la mía. No pensé como cuando era pequeña que tal vez había olvidado entregármela. Ahora era capaz de comprender que no me invitaba, que no me consideraba parte de sus amigos y que verme ese día en su fiesta no era algo que esperara. El sábado de la fiesta seguramente ordenaría mi clóset, prepararía un poco de manjar casero de leche condensada y vería alguna película arrendada o tejería una nueva bufanda. Desde que Marta, la sobrina de Delgadina –la nana de la casa–, me enseñó a tejer hacía un par de años, los inviernos se me pasaban entre un derecho y revés, punto inglés, punto tonto y punto arroz. Tenía una gran colección de bufandas, pero muy pocas ocasiones para lucirlas.

Mientras pensaba en mis alternativas para el sábado, me conformé al recordar que Lucho García tampoco lo invitaron. Habría sido la humillación máxima que lo invitaran a él y no a nosotras. Somos algo así como los raros del curso.

Consuelo es la única amiga que tengo y que seguro tendré. La única incapaz de burlarse de mí. La única capaz de identificarse conmigo. Nos sentamos juntas y hacemos los trabajos en mi casa

la mayoría de las veces. De vez en cuando salimos a tomarnos un helado, aunque los que prepara mi papá superan con creces a los que venden en las heladerías, así es que por lo general vamos a arrendar películas los sábados por la tarde, y luego “asaltamos” la cocina de mi casa y nos llevamos pizzas y *calzones* rellenos de queso, tomate y champiñones portobello. Y, por supuesto, para terminar, nos apropiamos de una versión *premium* de helados de leche, con los que nos echamos en el sillón de la salita a disfrutar y a ver toda la cartelera generosa, pero puertas adentro. Yo tejo bufandas en tonos verde-caribe-calipso-azul-rey-celeste. Consuelo se come las uñas hasta los codos, y ambas lloramos a mares con los dramas que seleccionamos o nos matamos de la risa con las comedias.

CONSUELO

Cuando el reloj de la sala dio las diez en punto, miss Morgan comenzó el interrogatorio oral de Ciencias Naturales. Odiaba los días de interrogación. Pararme frente a todos era una de las experiencias más perturbadoras y escalofriantes que experimentaba en la vida. Y a Florencia le ocurría lo mismo.

Aterrada, como siempre, empecé a comerme las escasas uñas que me quedaban y traté de concentrarme en las frases del cuaderno para que los ojos de la miss no se encontraran con los míos. No quería ser la primera. Por favor. No porque temiera no saber alguna respuesta, sino más bien por evitarme un mal rato.

Por suerte no lo fui. Mi turno fue cuando todos ya estaban dispersos, conversando entre ellos y prestando escasa atención. Regresé a mi puesto y me senté silenciosamente junto a Florencia, bastante satisfecha con mi 6,2. La pobre no dejaba de temblar y rasquetear los dedos contra la cubierta del banco que compartimos. Para su escasa suerte, cuando la hora ya estaba por terminar, fue su turno. Por más que desviara la atención hacia el reloj de pared que tenemos sobre el pizarrón, rogando en silencio que los segundos y minutos avanzaran esta vez más rápido que de costumbre, no se salvó. Cuando se levantó de su asiento y comenzó a caminar hacia adelante, oí varios chiflidos, como de

piropos, pero con un dejo de burla de muchos compañeros, seguidos por la carcajada de algunos, entre los que estaban Gonzalo, Matías y Nicolás, los chistositos de siempre. Cuando ya estaba adelante y se giró hacia todos nosotros para esperar la pregunta de la miss, pude ver que estaba aterrada. Pobrecita, pensé. Solo esperaba que no se desconcentrara y pudiera responderlo todo. Se sabía perfectamente bien la materia. Mucho mejor que yo. ¿Por qué todos prestaban atención justo ahora que le tocaba a ella? Ese era justamente el mayor temor de Florencia.

Desgraciadamente, las tres preguntas pasaron volando y solo respondió las últimas dos, y brevemente. Se devolvió por el pasillo de la izquierda con su 4,8 dando lástima. Las burlas y la exposición frente a todos eran demasiado potentes como para que cualquier ser humano pudiera concentrarse, pensar y articular respuesta alguna. Cuando al fin llegó a nuestro banco y se sentó, el curso completo se levantó de sus sillas y se dejó caer, como si hubieran rebotado en sus puestos, en señal de máxima mofa.

Todos rieron a carcajadas, hasta la miss, que no se pudo controlar. Todos, menos Lucho y yo.

FLORENCIA

Marta Quispe Mamani llegó a trabajar a mi casa como ayudante de mi mamá en la cocina hace unos cuatro años, cuando aún era una niña. Es la sobrina regalona de Delgadina Mamani, la nana de la casa desde siempre, y que de delgada ya prácticamente no tenía nada. Ambas son peruanas y la única casa en la que han vivido en Chile es la nuestra. Tal vez por eso son como de la familia.

Marta tiene solo dos años más que yo, pero parecen diez. Todo en ella es adulto. Mis papás le dieron una de las piezas del primer piso, al lado del escritorio, para que no tuviera que compartir dormitorio con su tía Delgadina, que ronca peor que tío Dante, el hermano menor de mi mamá. Siempre, desde su llegada a la casa, Marta ha compartido la mesa con todos, como una integrante más de la familia. Delgadina la inscribió en un colegio particular subvencionado que queda como a siete cuadras de la casa. Mis papás le pusieron como condición para tenerla trabajando que asista al colegio, que traiga buenas notas y que ayude a mi mamá en la cocina por las tardes; a cambio, mis papás pagan esos estudios.

Marta cursa tercero medio y es muy buena alumna, pero lo suyo es la música, es una cantante en potencia. Se sabe todos los temas

que suenan en la radio y cuando lava la loza o trapea el piso, despliega todo su talento. Le gustan los boleros y el tango; tiene un repertorio infinito. Rara vez se repite uno. A veces, cuando pica cebolla, canta unas baladas desgarradoras y sufridas de unas cantantes peruanas que, según cuenta, son muy populares en "el Perú", como dice ella. Al imitarlas, parece la protagonista de una de las teleseries que ve mi mamá cuando almuerza en la cocina con mi papá y Delgadina, mientras nosotras estamos en el colegio.

Por lo general, Marta sale con su tía Delgadina todos los sábados después de almuerzo a vitrinear. Les gusta el barrio Meiggs y el Persa Estación. Por la noche se quedan en la casa que los hermanos de Delgadina arrendaron, no sé dónde; solo sé que son muchos. Vuelven el domingo por la noche, cargadas con bolsas, cuando estamos todos acostados. Rara vez Marta se queda en casa los fines de semana, y eso solo ocurre cuando Delgadina va a Estación Central, a la casa de su hijo Néstor, casado, con cuatro hijos mayores. Marta no los soporta, los encuentra antipáticos. Todos trabajan en la construcción junto al padre y piensan que su prima es una "engreída", como dice ella.

En esas ocasiones en que se queda en la casa nos acompaña a Consuelo y a mí a arrendar películas, ayuda a mis papás con las pizzas y *calzones*, tomamos helados con galletas caseras de coco, nuestras favoritas, que prepara ella misma, cantando todo el rato por supuesto, y conversamos de vez en cuando. Me gusta cuando ella se queda no solo porque es alegre y amorosa, sino porque nos cuenta sus historias de niña en su país, de su colegio y algunos chistes con los que nos reímos a carcajadas.

Además, como nos lleva la delantera en dos años, tiene demasiadas historias sobre novios y rivales en su actual colegio. "Que esta semana este chico de los ojos de color me preguntó si quería ser su novia, que yo lo rechacé porque es muy creído y porque se ha fijado en otra; que el que de verdad me tiene el

corazón tomado es uno más tranquilo, que es de otra clase, uno más sabroso, ¿si me entienden?". Marta es muy entretenida y además muy atractiva. Es morena, más bien baja, tiene los ojos rasgados, pero no demasiado; una nariz pequeña y una sonrisa de labios gruesos. Tiene todo muy bien puesto, especialmente su delantera, bien desarrollada. Los sábados especiales que comparte con nosotras son siempre diferentes.

Marta me enseñó lo que sé de tejido; ella es muy hábil con las manos. Y así como es una bala para preparar esas galletas de coco, lo es para hacerse ponchos, chalecos y *echarpes* de todos los colores y texturas imaginables. Mueve los palillos de una manera muy graciosa y veloz. Yo trato de hacer lo mismo con los míos, pero no le llego ni a los talones. Pasamos mucho tiempo juntas tejiendo, sobre todo en invierno, cuando la lluvia empaña las ganas de salir de Delgadina y no hay quién la saque de la casa. Rápidamente anuncia que se queda y, acto seguido, la casa comienza a oler a picarones, su especialidad invernal.

Este año se acercaba el invierno, y con él mi cumpleaños. Mi mamá llevaba semanas comentando en la mesa las ganas que tenía de cocinar alguna vez para mis amigos del colegio, aprovechando que cumplía quince años. A mí la idea me pareció espantosa. Cómo explicarle que a su hija la despreciaban sus compañeros de curso y que jamás pisarían su casa. Sabía que nadie vendría a festejarme, aunque les pagara por llegar.

Pero su insistencia fue tan espesa como el chocolate amargo con el que cubre los *brownies* que prepara en Navidad, y no tuve más remedio que aceptar, aun sabiendo que sería un completo fracaso.

Así, entre burlas y miradas de extrañeza, ese jueves repartí las invitaciones que completamos entre Marta, Consuelo y yo, sin esperanzas de que alguno de ellos viniera. Mientras las iba dejando en los puestos, pude ver la cara de burla y de complicidad entre mis compañeras, las risas y bromas explícitas entre todos.

Cuando terminó la clase de Religión esa tarde, tomé mi bolso para irme a la casa, y antes de salir de la sala me giré para comprobar lo que me temía: mis invitaciones estaban en el suelo, pisoteadas algunas, otras convertidas en aviones o derechamente en el basurero.

El 21 de junio cayó sábado y amaneció cubierto y oscuro. En cualquier momento llovería. En mi casa, Delgadina, Marta y mi mamá batían, horneaban y freían cuanto postre, pastelillos y picarones cabían sobre los mesones.

Los vidrios de la cocina estaban empañados. A las nueve de la noche, por si realmente llegaba alguno de los treinta y un compañeros de curso, decidí arreglarme. Me vestí con los pantalones negros que me mandé a hacer la Navidad pasada con Melvin, el modisto de mi mamá, y me puse un blusón de gasa de puntas irregulares en tonos negros y morados que compramos con Consuelo en el Apumanque especialmente para este día. Usé un brillo labial transparente en los labios y un poco de máscara de pestañas en tono café oscuro. No recordaba cuándo había sido la última vez que me arreglé tanto. Tal vez nunca.

A las nueve y media sonó por primera vez el timbre y todos saltamos. Era Consuelo. Venía con un tremendo paquete de papel morado con una gran rosa lila pegada en un extremo. Traía la boca empapada con brillo labial. Entramos a la cocina para que ella saludara al resto, mientras me decidía a abrir el paquete. Eran ocho ovillos de lana de un color turquesa espectacular.

–Para que dejes de tejer bufandas y de una vez por todas te lances con ese chaleco que recortaste en el folleto de la multitienda, ese que pegaste en el espejo de tu pieza –me dijo abrazándome.

–Amiga… gracias –le contesté, realmente emocionada por el regalo.

–¿Te gustó el color?

–Mucho. Es uno de mis favoritos.

–Me di cuenta por la cantidad de bufandas que te has tejido en ese color –señaló y todas rieron, especialmente Marta, que llevaba meses suplicándome que comprara otros colores.

–Gracias.

–Feliz cumpleaños –me dijo mientras tomaba uno de los picarones que estaban en la fuente de loza blanca que tenía a su lado.

Delgadina estiró dos tazones con chocolate caliente y nos sentamos a la mesa del comedor de diario a esperar a los demás invitados. Marta fue corriendo a ducharse para estar más arreglada y sacarse los olores a fritanga. En pocos minutos ya estaba sentada con nosotras, a la espera de los demás. Cuando se dejó caer a mi lado, su pelo aún mojado olía a almendras y no puedo negar que me las imaginé crujientes y saladas, saliendo del horno sobre la lata cubierta de sal.

Marta me sorprendió con su regalo, una especie de poncho calado y tejido a *crochet* por ella, de un color verde aceituna, con flores prendidas desordenadamente en todo el tejido, en tonos naranja y fucsia. Hermoso. Qué lástima no ser más delgada, pensé. Se vería mejor.

–Espero que le quede bien, Florita. ¿Le ha gustado el color? –me preguntó Marta toda afligida.

–Claro que me gustó. Es precioso –le contesté feliz.

Cuando mi mamá sacaba una de las pizzas del horno, mi celular vibró en señal de recepción de un mensaje. Era Lucho García, excusándose de no poder venir, pero deseándome un muy feliz cumpleaños. Lucho es de esos tipos con un incalculable mundo interior. Siempre pensativo y solitario. Seguro viaja por mundos insospechados, mientras nosotros ponemos atención en clases o conversamos en los recreos. Flaco y alto, pareciera que nada en su vida es más importante que sus pensamientos. No es de los

mejores alumnos del curso, pero siempre destaca, especialmente en Historia. Tiene una capacidad infinita de retener fechas y nombres. Asombroso en alguien tan quitado de bulla. No tiene amigos ni conversa en clases. Dicen que su apodo de Lucho viene de “debilucho”, que al parecer fue prematuro y enfermizo toda su vida. Quién sabe.

Cuando pasan lista en la sala lo llaman Gastón, pero todo el mundo le dice Lucho. Como sea, todo puede ser con él. Supongo que porque lee mucho, desde cómics hasta ensayos. Siempre está en la biblioteca devorando páginas. Basta con que le preguntes un pequeño detalle para que se explaye y te cuente las anécdotas más increíbles. Es algo tímido y silencioso frente a desconocidos, pero grande al fin.

Cuando el reloj marcó las once y media de la noche, mi papá decidió sacar del refrigerador la torta de chocolate blanco que él mismo cocinó la noche anterior para que estuviera remojada y en su punto. Y aunque disimuló la desilusión que le provocó la ausencia de más invitados, con cara de “feliz cumpleaños” encendió la vela del osito con globos de colores que compramos juntos en el supermercado, y comenzó a cantar.

El timbre no volvió a sonar esa noche en mi casa; finalmente, la fiesta fue entre mis papás, Consuelo, Delgadina, Marta y yo. Sobró de todo, menos picarones.

CONSUELO

Fue por esos días de comienzos de septiembre que descubrí a García Lorca. Ese viernes Esperanza se miraba el tatuaje que se había grabado a escondidas debajo de su ombligo, como "autorregalo" de cumpleaños. Y yo leía tirada en mi cama *Bodas de sangre*, que saqué de la biblioteca para amenizar mi fin de semana. Tenía mucho que estudiar sobre la Guerra Civil Española para preparar mi disertación de Historia antes de salir de vacaciones "dieciocheras", y algo en esa obra o en el autor me atrapó y se grabó en mí. Tal vez su trágica muerte. Por eso, a la salida del colegio ese viernes, me fui a ver qué había en la biblioteca sobre García Lorca. Don Luis me recomendó que comenzara con el teatro y así lo hice. Florencia miraba las estanterías buscando una novela juvenil entretenida, que seguro no encontraría, mientras yo entregaba mi carné de biblioteca en el mesón con mi elección entre las manos. A esas alturas ya me había devorado a Bolaño, Javier Marías y Guillermo Blanco, sin piedad. Entonces se acercó Lucho, que estaba mirando detenidamente la tapa de mi libro.

–¿*Bodas de sangre*? –me preguntó con un interés inusual en él.

–¿Conoces a García Lorca? –pregunté con curiosidad.

–¿Que si lo conozco? Es uno de mis autores favoritos. He leído

mucho sus obras y especialmente su vida –dijo con un tono de voz que me pareció absolutamente nuevo.

–Yo lo acabo de descubrir. Ojalá me atrape como a ti.

–Te va a encantar –agregó, con una seguridad encantadora.

–¿Muy denso?

–No. Todo lo contrario.

–Entonces, Gastón García, Lucho o como te llames, desde hoy eres mi segundo mejor amigo –respondí sin pensar en lo que estaba diciendo. Solo me dejé llevar.

–Y mío también –dijo Florencia, que ya estaba a mis espaldas escuchando nuestra extraña conversación y se unía a esta fraternidad literaria abriendo los brazos en señal de unión.

–Pues... será un honor ser vuestro segundo mejor-amigo –señaló con tono españolado. Los tres sonreímos y sin decirnos nada, desde aquel momento, nos convertimos en los mejores amigos del mundo, y refundamos la biblioteca como nuestro terruño oficial.

Con los años había descubierto que la biblioteca era el mejor refugio para quienes como yo vivimos sin recreo, para quienes huimos de las burlas y la humillación de nuestros pares. O para los que lo hacen de la soledad y del cansancio de vagar por patios inundados de niños jugando, sin que nadie te quiera incluir.

La biblioteca es un escondite seguro y entretenido; un lugar calentito en invierno y fresco en verano. Puedes leer durante los recreos y escoger lo que se te ocurra sin que nadie te diga nada. En ese lugar hay libros de todos los tipos: poesía, novelas, cuentos, textos de historia, de ciencias, teatro, en fin. Es un mundo aparte o paralelo. Además, hasta allí nadie puede llegar a insultarte o a gritarte. Mejor imposible. Tiene unos ventanales enormes a un costado, desde donde puedes ver los naranjos que dan hacia la calle, y contundentes estanterías con libros. Tal vez el hecho de que sea alfombrada de muro a muro la hace un lugar más cálido y hogareño, y disminuye posibilidades remotas de ruido de pisadas o

tacones.

Bueno, y está don Luis, el bibliotecario, que sonríe cada vez que nos acercamos al mesón para pedir alguna sugerencia de libro, como si eso fuera lo mejor que le pasó en el día. Es alto, delgado, usa unos anteojos redondos muy pequeños a través de los cuales dudo que pueda ver algo, y tiene unos bigotes blancos que terminan en punta y que contrastan graciosamente con su pelo negro perfectamente engominado hacia atrás. Es una especie de Don Quijote de la Mancha versión nacional. Usa un chaleco azul marino sin mangas sobre diferentes tonos celestes de camisa; toma té en un tazón enorme de color blanco, con la foto de una niña impresa en el centro. Seguramente es su hija o su nieta. Y cuando sonríe se puede ver entremedio de sus dientes un enorme espacio, en el que perfectamente cabría otro diente. A su manera y con la diplomacia y serenidad que solo tienen los bibliotecarios, cuida y defiende cada centímetro cuadrado que administra. Es un experto en novela latinoamericana y no se cansa de recomendarnos a cuanto autor tiene descansando en sus estanterías perfectamente ordenadas. Más de alguna vez lo he visto pasearse por la biblioteca echando desodorante ambiental con aroma a pino silvestre, abriendo ventanas para ventilar y renovar el aire viciado, e incluso ordenando las sillas que los demás dejan desordenadas. Sobre su mesón descansa un bonsái que él mismo cuida y poda. A veces, cuando me detengo a observar el cariño y cuidado que pone en cada gesto y en cada acción que realiza, me pregunto cómo será en su casa, con quién vivirá y si acaso es al menos la mitad de preocupado de cómo es acá, en la biblioteca del colegio.

FLORENCIA

Comer los ñoquis de papa que cocina mi mamá es de las buenas cosas que puede tener un día. Especialmente si van acompañados con esa sabrosa y exquisita salsa boloñesa que ella prepara con carne picada, tomates silvestres rojos y triturados que aliña con sal, azúcar y hojas de laurel arrancadas del árbol del patio de atrás. Y, por supuesto, son mejores aún si la cebolla fue picada fina y dorada en mantequilla con unos pequeños toques de cúrcuma, y si el queso parmesano fue rallado en casa. Magnífico. Ahora, si el menú contempla ensalada de berenjenas, pimentones, ajíes y ajos asados en la lata del horno, aliñada con un pequeño chorrito de aceite de oliva, otro de vinagre balsámico y una pizca de sal, estamos en el paraíso.

Lo cierto es que el almuerzo de ese sábado había sido espectacular; sin embargo, a las pocas horas, la imagen de una caja de cartón pintada a rayas con rojo y amarillo, con papas fritas todavía calientes en su interior rociadas con sal, me cegó.

A pocas cuadras había uno de esos famosos puestos de pollos asados esperando a que yo llegara con mi humilde monedero a pagar por ellas. Y a pesar de la flojera infinita que me producía la caminata, pronto empecé a salivar tan abundantemente que debí partir. A los pocos minutos, y con una porción doble entre mis

manos, me devolví caminando, sacando primero aquellas papas que se asomaban por las esquinas para no quemarme, y finalmente retirando el alambre de cierre, para continuar con las demás, hasta terminármelas todas.

La tarde estaba cálida y silenciosa. Como si todo el mundo estuviera durmiendo siesta o comprando en algún remate total de multitienda. No recordaba la última vez que salí a caminar por gusto. Al llegar a la casa, en la cocina todo hervía, todo era movimiento, condimentos, salsas y pastas.

Me quedé pegada viendo a mi papá descarozar aceitunas verdes con una herramienta metálica. Luego las rellenaría con pimiento morrón y las envasaría. Su habilidad era asombrosa. Llenaba enormes fuentes con ellas.

Después de un rato de observar y conversar, al fin pude subir para terminar mis tareas. La caja de cartón vacía de papas fritas yacía en alguno de los basureros del barrio.

CONSUELO

La *kermesse* del colegio era ese sábado, y a los primeros medios nos tocó organizar un stand de ventas de *hot dogs*. Los presidentes de curso harían las compras y los demás lo atenderíamos por turnos. Con Florencia nos ofrecimos para el de dos a tres de la tarde. Era una hora por dupla. Queríamos tener la tarde libre para estudiar y hacer el trabajo de Ciencias.Además, venían las pruebas globales del segundo trimestre y no queríamos dejar todo para última hora. En eso nos parecíamos mucho.

La hora pasó calurosa y en los primeros treinta minutos vendimos más *hot dogs* de los que seguramente comeríamos en toda nuestra vida. *Hot dogs* a mil pesos, con mayo, kétchup y mostaza.

Un poco antes de terminar el turno, Florencia decidió comerse uno. Y para su fatalidad en ese momento llegaron Gonzalo, Matías y Nicolás a comprar al *stand*.

–¿"Florigorda" comiendo *hot dogs*? –preguntó Nicolás con su ironía desagradable de siempre.

–¿A quién le hablas así? –pregunté en voz alta, sin pensar ni siquiera en la posibilidad de recibir un insulto de vuelta. Florencia estaba petrificada y había dejado de masticar lo que tenía en la boca.

–Miren quién la defiende, ¿qué no es “Betty la fea”? –agregó Matías con tono burlón.

Su acné purulento y su cabeza rapada lo hacían parecer más temible aún.

–¡No! Es la “Cara de bosta”. ¡Cuidado con el olor a mierda! ¿O es la cara de flema? –gritó Gonzalo, abriendo sus ojos demasiado grandes, azules y redondos. Todo en él era enorme. Su estatura, muy por sobre el promedio y su contextura de boxeador de peso pesado.

Todos rieron aún más con sus palabras. Yo me quise morir. Desaparecer. Tomar de la mano a mi amiga y esperar que la tierra nos tragara o que un platillo volador nos abdujera. Todo servía en ese momento: un terremoto grado nueve, una tormenta eléctrica, vientos huracanados e incluso un superhéroe.

–Yo los atiendo. Cuántos quieren –pregunté asustada para cambiar el tema y desviar la atención hacia mí. Temía por mi amiga y sabía que su corazón latía demasiado rápido para su corta edad. Si yo temblaba, podía imaginármela a ella.

–No, gracias. Ver comer a “Florigorda” me quitó el hambre –dijo Nicolás de pronto.

–Puaj. A mí también –agregó Matías.

–Y a mí, par de raras. A quién se le ocurre darles un turno a estas dos –terminó Gonzalo.

Y con cara de asco, se dieron media vuelta y desaparecieron caminando hacia el *stand* de papas fritas. Rápidamente me giré para ver a Florencia, quien, tras comprobar que los tres ya se habían ido, vomitó en forma fulminante hacia el arbusto que nos separaba del *stand* de la “pesca milagrosa”. Por suerte llegó Mariana a comprar *hot dogs* para ella y su hermana. Mariana López era de las pocas compañeras que me saludaban y me sonreían aunque solo fuera para que le prestara mis cuadernos con la materia. Le pedí que se quedara a cargo del *stand*, le recordé

que eran a mil pesos, con mayo, kétchup y mostaza, y partí con Florencia al baño.

Después de lavarse la cara, lloró amargamente, encerrada en uno de los baños. Su llanto era triste, tan profundo y desconsolado que solo me quedé ahí, esperándola, sin decir nada, pues nada de lo que le dijera podría tener algún sentido como para aliviarla. La habían humillado, igual que tantas otras veces me habían humillado a mí. Por eso, sabía perfectamente lo que estaba sintiendo.

Cuando volvimos al *stand*, ya estaban Sofía y Julieta esperando para tomar el turno de las tres de la tarde. En agradecimiento a Mariana López y a su hermana, no les cobramos sus *hot dogs*, y salimos del colegio. Ya no estábamos para fiestas.

Caminamos en silencio largos minutos en dirección a la casa de Florencia. Al pasar por el parque decidimos sentarnos un rato. La tarde estaba fresca, prácticamente no había niños jugando y debajo del ciruelo había una banqueta.

–¿Has pensado en no existir alguna vez? –me preguntó inesperadamente.

–No. Nunca. ¿Acaso tú sí?

–En días como hoy, sí. Cuando la humillación es tan intensa y despiadada, sí.

–Flori...

–"Florigorda". No lo olvides.

–Espera. Esos niños son y serán los más tontos del curso. Tú lo sabes. No tienes que escucharlos.

–¿Acaso tú no los escuchas cuando te dicen fea, "Betty la fea"? –preguntó con lágrimas en sus ojos. Tenía un nudo en su garganta y apenas podía tragar saliva.

–Los oigo. Pero no los escucho realmente.

–Mentira. Sufres igual que yo.

–Sufro. Es verdad, pero después se me olvida.

–No te creo. Sabes, a veces me miro al espejo y trato de imaginar cómo sería mi vida si tuviera el pelo ondulado y castaño de Catalina, la espalda angosta y marcada de Beatriz, las manos delgadas y finas de Natalia, la piel blanca y suave de Sofía, la cola parada y pequeña de Mariana, los ojos azules llenos de pestañas de Francisca o al menos las piernas y brazos firmes y musculosos de Julieta.

Pero nada de eso tengo, ¿entiendes?

–Flori...

–¡Nada! Mírame. Soy una bola de grasa, llena de espinillas, con una celulitis que no la juntan mi mamá ni la tuya. Mi pelo tiene un *frizz* incorregible, no sé cómo cortarme el pelo, no tengo pestañas, la piel se me está soltando y no hay traje de baño para mí en ninguna multitienda.

–Escucha… lo tuyo tiene solución. Es cosa que te lo propongas seriamente.

–¡No! Estoy cansada de vestirme con buzos holgados, de verles la cara de impresión a las señoras en las tiendas cuando les pregunto si esa maravillosa polerita que está en la vitrina está en XL; de la frustración con la que vuelvo a mi casa cada vez que se nos ocurre con mi mamá salir de compras. ¡Estoy harta! Cansada de las burlas, de la humillación, harta de la niña que veo cuando estoy frente al espejo. Y no sé cómo remediarlo... ¿Entiendes? No sé. Y lo peor es que llego a mi casa y ahí están ellos, mis papás, mis abuelos, Delgadina, tan amorosos, cocinando y preparando cosas y creyendo que la máxima demostración de cariño es sorprenderme con un pote especial de dos litros de helado de pistacho solo para mí.

–Amiga...

–¿Por qué a mí? Dime. ¿Por qué me pasa esto a mí? En días como hoy quisiera morir.

–No lo digas ni en broma. Además, solo Dios nos da y nos quita

la vida. Lo dice la *Biblia*.

–¡Puras tonteras! Si Dios me quisiera tanto, ¿por qué me hizo así de gorda, fea y fofa?

–No seas injusta. Tienes salud, una familia que te adora, una vida que muchos se la quisieran.

No te quedes pegada en lo físico. Por último, mírame a mí. Lo mío es peor y no me quejo. No hay mucho que hacer con mi aspecto. Mis ojos, mis dientes, el mentón y la nariz que tengo se van a quedar en mi cara para siempre. Para qué decir este pelo indomable. En cambio, tú puedes solucionarlo yendo a la nutricionista, haciendo ejercicios, pidiéndoles a tus papás que te hagan una dieta, en fin, hay muchas soluciones. Por último, baja un poco de peso por salud y listo. Nadie quiere que seas una súper modelo. Compárate contigo, no con las demás.

–Qué fácil decirlo. Tú no vives en mi cuerpo. No tienes idea de lo que tengo que soportar cada día, primero conmigo cuando me despierto y me miro al espejo y recuerdo quién soy, y después con los demás, en el colegio, en la calle... No creo que pueda sobrevivir a esto por mucho tiempo más.

–¿Estás loca? Si tus papás te oyeran, se morirían de pena.

–Sabes... es por ellos que sigo aquí. Nada más.

Sabía que no tenía argumento alguno que pudiera calmarla. En cierta forma le encontraba razón, pero no podía reafirmar esos sentimientos en ella. Al revés, quería convencerla de que todo iba a pasar, de que con el tiempo este episodio iba a ser solo un recuerdo sin importancia, de que no valía la pena detenerse en lo que ese trío de compañeros pudiera pensar, decir o creer.

Pero no era verdad. Florencia había recibido un trato humillante al extremo y estaba en todo su derecho de patalear. Incluso pensé que ese desahogo podía ser bueno para ella. Solo que sus palabras finalmente me asustaron y no quise hablar más.

No recuerdo cuántos minutos estuvimos sentadas en esa banca,

debajo del ciruelo, en silencio. Al final, salimos del parque arrastrando los pies por la tierra y dejando detrás una polvareda insoportable. En nuestras espaldas y en forma invisible nos llevamos toda la amargura de aquella tarde, y por, sobre todo, las ganas de desaparecer.

FLORENCIA

Esa mañana, mi casa amaneció alborotada. Venían Consuelo y Lucho a almorzar. Mis abuelos paternos no vendrían, como era costumbre, pues estaban ese fin de semana en Viña del Mar visitando a unos amigos. Como cada sábado, mis papás amasaban y cortaban pasta para tener un almuerzo familiar y casero. Para mi suerte, el menú contemplaba *ravioli a la marinara*. Delgadina se ocupaba de la salsa, Marta ayudaba a batir los huevos para el *zabaione* y yo ponía la mesa en la terraza. Al fin llegaba el calorcito tan propio de la primavera.

Por la tarde teníamos entradas para ir a ver una película francesa de un ciclo de cine que Lucho venía anunciando hasta el cansancio. Aunque nuestra amistad con él no era tan estrecha como la que teníamos entre nosotras, nos sentíamos muy cercanos y nos unía un cariño muy especial. Se trataba de mutua admiración, a prueba de todo. Además, últimamente nos encontrábamos en la biblioteca casi todos los recreos. Mientras todos gritaban y jugaban en el patio, nosotros vivíamos el no-recreo en una especie de mundo paralelo, algo más acogedor y protegido.

Era la primera vez que Lucho venía a almorzar a la casa y Consuelo debía llegar de un momento a otro.

Cuando sonó el timbre supuse que eran ellos, pero al salir a abrirles, vi que era tío Dante que venía bastante afligido. Con un "hola" desabrido entró corriendo a la cocina, suponiendo que allí estaría mi mamá. Al verlo tan ansioso, corrí tras de él para saber qué pasaba. El abuelo Carlos, su papá, había sufrido un infarto y estaba muy grave. Era preciso que viajaran ese mismo día a Puerto Varas, donde vivía junto a Meche, su segunda esposa. Lo sentíamos muy cercano, aunque lo veíamos solo durante las vacaciones de verano, cuando nos trasladábamos hasta su casa a disfrutar del clima y de la vida sureña.

Delgadina y Marta se hicieron cargo del almuerzo; Consuelo y Lucho, que ya habían llegado, ayudaron a mi mamá a comprar los pasajes por internet; mi papá preparó un bolso con un par de cosas para los dos; tío Dante hizo un par de llamadas, y a los pocos minutos nos sentamos a la mesa a almorzar en el más absoluto silencio, a la espera del taxi que los llevaría al aeropuerto. Mi mamá apenas probó la ensalada.

Cuando nos despedimos en la puerta, mi papá me dio mil recomendaciones porque era la primera vez que nos quedábamos solas con Delgadina y Marta en la casa, sin los abuelos. Nos señaló que había plata en la caja de madera guardada en el escritorio, si ocurría cualquier cosa que lo llamara, que me cuidara y volviera temprano. Luego miró a Lucho en señal de "cuídalas" y nos alentó a partir para no llegar tarde a la película.

Nos fuimos caminando hacia el metro justo cuando se estacionaba el taxi frente a la puerta.

Camino al cine me fui mirando los ciruelos que pintaban el ambiente urbano con sus colores, pensando en mi mamá. Debe ser horrible saber que tu padre se está muriendo y que tal vez no vas a alcanzar a verlo con vida. A lo mejor debí ir con ellos, pensé.

La película era de un director famoso, alguna vez leí que trató de suicidarse, pero ahora volvía con una nueva película. Había

renacido o algo así. Lucho se sabía su vida al revés y al derecho y, mientras esperábamos que comenzara la función, nos dio una cátedra sobre su vida y su obra.

A la salida los invité a comer a la casa. Seguro Delgadina nos tendría algo preparado. Era muy cariñosa, más aún ahora que estaríamos solas quién sabe por cuántos días.

Al entrar, el silencio me pareció aterrador. Mis papás ya no estaban. Delgadina estaba en la cocina y Marta había ido al centro comercial Apumanque. Entré encendiendo luces. Nunca me gustó la oscuridad.

Veníamos muertos de hambre, listos para devorarnos la fuente de *ravioli* que sobró del almuerzo. Mis papás y tío Dante apenas comieron.

Consuelo puso la mesa en la cocina, a pesar de los intentos de Delgadina por arrebatarle los platos y cubiertos. Lucho se sentó a leer el diario y yo me puse a calentar la pasta. Al fin nos sentamos a disfrutar. No llevábamos más de cinco minutos comiendo, cuando sonó el teléfono.

Delgadina contestó en la cocina e inmediatamente me miró a los ojos. Algo había pasado. Lo noté en su expresión. En ese preciso momento oímos un portazo en la casa y yo di un salto de susto. Era Marta que venía entrando con un par de bolsas.

Delgadina me estiró el auricular y yo me paré a atender.

–Es don Paolo que la está llamando. Venga, pues.

–Aló, ¿papá? –contesté con temor a escuchar algo terrible.

–*Bella ragazza*...

–¿Pasó algo? ¿Cómo está el abuelo Carlos?

–Tu abuelo... murió –dijo con la voz seca.

–Papá...

–Con la mamá vamos a hacer los trámites acá y te voy a llamar para ver cómo te vienes al funeral, que seguramente va a ser el lunes. Voy a tratar de comprar tu pasaje desde acá.

–¿Cómo está ella?

–Muy triste, hija. Igual que tío Dante y que Meche. Fue todo muy rápido. Pero al menos alcanzamos a llegar y pudieron despedirse por unos minutos.

–...

–Te voy a llamar más tarde o mañana temprano para ver el tema del pasaje.

–Ok. Un beso.

–Otro.

Esa noche los padres de Consuelo habían salido a cenar, por lo que enviaron un taxi para llevarla a su casa. Mi amiga aprovechó el impulso para llevar a Lucho que le quedaba en el camino. Los despedí en la reja y me quedé esperando hasta que el auto plateado de patente naranja desapareció. Entonces, algo, una sensación extraña, me invadió en ese momento. Como no hacía el frío de otros días, para relajarme decidí echarme en la hamaca que tenemos colgada entre dos de los pilares de la terraza. Y ahí me quedé, tendida, mirando las estrellas, tratando de conectarme con mi abuelo Carlos. Imaginando cómo será estar muerto, qué viajes emprenderemos cuando nos llegue la hora. ¿Acaso me estará viendo? ¿Sabrá que ya lo extraño, que tengo pena? ¿Le habrá dolido en el momento final? ¿Dolerá morir?

Cuando sentí frío miré mi reloj. Era ya casi la una de la mañana. Hora de subir. Como pude me zafé de la hamaca. Siempre es más fácil subirse que bajarse, al menos para mí. Pasé por la cocina, me serví un poco del *zabaione* de la fuente que había sobre la cocina, cerré las puertas de la casa con llave, apagué las luces y subí.

Descorrí las cortinas de mi pieza para recibir el impacto de las estrellas frente a mí y busqué la redondez iluminada de la luna, pero no la encontré.

Una vez en la cama y en pijama, me senté a disfrutar de mi postre favorito. El problema fue que la magia del momento duró

poco. O el pocillo era muy pequeño o la cuchara muy grande. Resignada lo dejé sobre el velador. No tenía ganas de leer esa noche. Sabía que no podría concentrarme. Me disculpé con García Márquez y apagué la luz de la lámpara. Mientras trataba de conciliar el sueño pensé en la fuente de *zabaione* que ahora reposaba sobre una de las bandejas del refrigerador. Recordé su sabor reciente en mi paladar y sentí unas ganas incontenibles de bajar por más. Solo un poco, total eran huevos batidos y azúcar. Nada del otro mundo. Y en eso estaba, decidiendo si ir o no, cuando me dormí.

Consuelo

Siempre me gustó caminar. Desde chica. Cada vez que nos llevaban al zoológico del Parque Metropolitano, Esperanza rogaba que la cargaran en brazos o, más grande, que paráramos para descansar. Pedía jugos, bebidas, lo que fuera. El asunto era detenerse por el mayor tiempo posible, mostrando una herida en el pie o tratándonos de convencer de que vomitaría en cualquier minuto. Era como esos equipos de fútbol que cuando van ganando frente a un rival complicado hacen tiempo chuteando de allá para acá. Tuya, mía, para ti, para mí. Lo que sea con tal de zafar. Yo me enfurecía porque no quería detenerme. Lo mío era avanzar, continuar. Y es lo que me caracteriza hasta hoy.

Con los años me convertí en una especie de taxi humano. Comencé a memorizar nombres de calles, a descubrir atajos, a reconocer antejardines y árboles. Empecé yéndome a casa de Florencia ida y vuelta, con mi mp3 en mis oídos. Son solo doce cuadras. Después, amplié mis horizontes caminando al Apumanque desde la casa, que queda como a veinte cuadras. Al ver que era perfectamente capaz, seguí hasta la consulta del dentista, como a treinta y cinco cuadras, y así. Hoy, muchas veces llego hasta Plaza Italia bajando por Providencia. Me gusta llegar hasta el Teatro de la Universidad de Chile, ver sus afiches, mirar a

la gente y devolverme. En algunas oportunidades lo hago cambiando el rumbo para no aburrirme, y me voy por el Parque Bustamante. Me gusta mucho ese lugar, sobre todo en otoño y en primavera. No sé por qué, pero me hace sentir en otro país, aunque, bueno, nunca he estado en otro país. Otras veces me devuelvo por el mismo camino de ida. Todo depende de mi ánimo.

Esa tarde, mis ganas me llevaron caminando, sin darme cuenta, hasta los pasajes comerciales de libros usados que hay un poco más abajo de la estación del metro Manuel Montt. Tenía ganas de armar mi propia biblioteca y no solo leer libros prestados del colegio. Además, contaba con diez mil pesos sin gastar, los que equivalían a dos meses de mesada.

No exagero si confieso que estuve al menos dos horas revisando títulos. Me impresionó la infinidad de autores y ediciones. Comprendí que se me presentaba un universo infinito por descubrir y asumí mi ignorancia absoluta.

Después de mucho entrar y salir de cada uno de los pequeños y atiborrados negocios, terminé por comprar *Los detectives salvajes*, de Roberto Bolaño; *Mañana en la batalla piensa en mí*, de Javier Marías, escritor español del que nunca había escuchado, pero que según el vendedor era excelente, y *Gracia y el forastero*, de Guillermo Blanco, que aunque ya lo había leído para el colegio, quería tenerlo. Era una edición con una ilustración de los años sesenta. Me gustó mucho. Casi como un objeto de colección.

Me devolví feliz hasta mi casa con mi compra y sin un peso en los bolsillos.

FLORENCIA

Era jueves, y como siempre teníamos clase de Religión después del recreo largo de la hora del almuerzo. Comimos más rápido de lo habitual con Consuelo. Cuando sonó el timbre ya estábamos paradas en la puerta de la sala, listas para entrar. Veníamos felices de la biblioteca, cada una con un libro para estrenar. Consuelo llevaba semanas comentando que quería leer algo de José Donoso, y al fin lo conseguía con *El jardín de al lado*. En cambio, yo no tenía a ningún autor en mente, así que me dejé llevar por la sugerencia de don Luis. Al final, me traje un libro de poemas de Vicente Huidobro. Nunca lo había leído, pero sabía que era uno de los más destacados poetas chilenos. Estaba ansiosa por comenzar, por tener la cabeza ocupada. Durante las últimas semanas, las cosas en la casa estaban muy tristes. Mi mamá no lograba recuperarse de la muerte del abuelo, se quedaba días enteros en pijama, sin levantarse y sin cocinar. Y eso era demasiado raro en ella, tan alegre y llena de vida siempre.

Pero tanta tranquilidad literaria no podía estar exenta de problemas.

Para nuestra desgracia los siguientes en llegar a la puerta de la sala, después de nosotras, fueron Matías, Gonzalo y Nicolás. Venían riéndose a carcajadas detrás de Lucho. Se burlaban

despiadadamente de él, y le gritaban *hueco, fleto*, tirándole cáscaras de naranja, tratando de achuntarle a su trasero. Sentí una mezcla de miedo y pena. Pero él no se inmutó, como si no se diera cuenta, y siguió caminando como ajeno a la escena de esa película. Escena de la que él era protagonista. Al no haber reacción de Lucho, el trío del terror desistió e hizo un rápido barrido ocular para encontrar en quién más descargar tanta energía reprimida. Para nuestra fatalidad, se encontraron con nosotras. Más bien conmigo.

–Pero miren a quién tenemos aquí... –comentó Nicolás con esa ironía que tanto temor me había empezado a provocar con los años.

–¿Qué no es la doble de Gatúbela? –gritó Matías.

–¡La triple! –agregó Gonzalo–. ¡Qué digo, triple, la séxtuple! Mírenla, con más curvas que el camino a Farellones.

–¡Córrete, cerda asquerosa! –gritó Gonzalo muy cerca mío, tanto que pude sentir su aliento y la saliva salpicar desde su boca y caer sobre mi cara, con una rabia y un desprecio hacia mí que no terminaba de comprender. No le había hecho nada. Ni siquiera lo había mirado. Nunca.

En ese momento ya estaba prácticamente el curso entero presenciando el espectáculo. Me sentía acorralada, burlada y humillada delante de todos. Miraba sin ver, buscando un espacio, un momento para salir corriendo. Para tomar a Consuelo de la mano y escapar. Pero los segundos avanzaban y no era capaz de moverme. Hasta que me salvó, providencialmente, la voz de la inspectora Arditi llamándoles la atención y ordenándoles que se fueran inmediatamente a la inspectoría.

En silencio, uno a uno, entramos a la sala. La clase comenzó. Creo que tardé al menos veinte minutos en calmarme y deshacer el nudo que llevaba en mi garganta. Lloré, pero tímidamente, sin que nadie lo notara. Nadie, salvo Consuelo.

Esa tarde, el tiempo transcurrió con esa sensación de tiempo real que pocas veces experimento. Por lo general, se me pasa volando o anda demasiado lento. Afortunadamente, la tarde sin Matías, Gonzalo y Nicolás fue una especie de oasis en el desierto. No recordaba un relajo similar dentro de la sala en todos mis años escolares. A pesar de la angustia que aún sentía después del mal rato vivido y de la presencia de las brujas del club de Juanita Aguirre, me sentía segura. Es extraño, pero recién ese día descubrí que hacía mucho rato que vivía mis días de clases envuelta en una especie de terror inconsciente. Al final, pude disfrutar de los últimos minutos de esa clase, a pesar de todo lo que pasó. Desgraciadamente, no logré adivinar lo que esa reprimenda provocaría en ellos.

FLORENCIA

Cuando miré el reloj, faltaban solo diez minutos para que terminara la clase de Matemáticas y llegara el segundo recreo. Estaba muerta de hambre y la idea de saborear el segundo sándwich de queso-jamón-tomate de los dos que me dejó Delgadina esta mañana me tenía nerviosa.

Cuando sonó el timbre, rápidamente me giré para abrir mi bolso y sacar el bolsito de género que contenía el plástico en el que me esperaba mi último bocadillo de media mañana.

Mientras mis compañeros salían a toda velocidad entre empujones al patio, como si alguien hubiese echado gas mostaza en la sala, yo comencé a masticar mi sándwich con extrema felicidad, aún sentada en mi puesto. Consuelo buscaba su carné de biblioteca en su bolso y Lucho ya estaba afuera, esperándonos. Este recreo duraba quince minutos, tiempo suficiente para encontrar algo nuevo para leer o simplemente para ojear el diario o alguna revista, pero jamás con el estómago vacío. Eso bien lo sabía yo.

–Voy corriendo al baño. No me demoro nada. Te espero afuera –dijo Consuelo aceleradamente.

–Ya. Salgo altiro –respondí, limpiando las migas que cayeron sobre nuestro banco. Rápidamente, y mientras masticaba el último

pedazo de pan, tapé el plástico, lo metí en su bolsita y me giré para guardarlo en mi bolso, sin advertir que el trío del terror había entrado a la sala, y que para mi desgracia me encontraba sola.

–Miren a quién nos encontramos aquí... A la "Goooooooorda de Chile". ¡Un aplauso! –gritó Gonzalo y los otros acataron.

Mientras ellos aplaudían y chiflaban, mi corazón dio un brinco tan fuerte que por algunos segundos juraría que dejó de latir. El miedo se apoderó de mí y en menos de lo que me di cuenta ya estaba sudando y respirando mal. Traté de simular que no los había oído, y empecé a caminar hacia la puerta para escapar, sin levantar la cabeza.

–¡Epa, puerca asquerosa! ¿Adónde crees que vas? ¿Piensas arrancar como un cerdo? ¿Has visto cómo corren y chillan desesperados cuando se dan cuenta de que los van a atrapar para matarlos? ¿Los has visto, guatona de mierda? –gritó también Nicolás, con ese tono que tanto temía.

En ese minuto asumí que estaba demasiado lejos de la puerta como para que no me agarraran si corría. Pude sentir el odio que me tenían y me asusté de verdad. Como nunca antes en mi vida. Tanto, que podía escuchar cada latido de mi corazón retumbar en todo mi cuerpo. Estaba aterrada.

–¿Acaso creíste que echándonos a la vieja Arditi encima te íbamos a dejar tranquila, gorda hedionda? –agregó Matías.

Entonces, los tres se acercaron a mí, lo suficiente como para sentir su respiración. Me rodearon y comenzaron a escupirme. Una y otra vez, entre insultos, garabatos y descalificativos cada vez más crueles. Cerré los ojos para no ver más sus rostros rabiosos y comencé a llorar silenciosamente, rogándole a Dios que me hiciera desmayar para no presenciar más este castigo, mientras sentía sus babas correr por mis mejillas, mi nariz, mis labios y mi frente. Cuando los escupos comenzaron a ser cada vez más espaciados temí que empezaran con los golpes, pero afortunadamente –si es

que en algo he sido afortunada en mi vida– justo cuando uno de ellos me daba el primer empujón y yo perdía el equilibrio, entró Lucho.

–¡Qué pasa aquí! –gritó con un tono y un volumen de superhéroe que nunca oí antes salir de su boca. Yo continuaba con los ojos cerrados, temblando. Y aunque el empujón estuvo a punto de botarme, por primera vez mi peso sirvió para algo y lo impidió.

–Y ahora llegó el "fleto" del curso a defender a la gorda. Qué lindo espectáculo. ¿Por qué no postulan a un circo? –dijo uno de los tres. Probablemente Nicolás.

Lucho ya estaba parado delante de mí, impidiendo que me hicieran algo más. Podía sentir su presencia. A los pocos segundos entró también Consuelo. Imagino el susto que le dio ver esa escena, pues a los dos segundos se puso a gritar descontroladamente, a pedir ayuda, muy nerviosa.

–Y ahora llegó la "Cara de churrete" para completar el cuadro. ¡Qué bonito! ¿Alguien tiene una cámara para capturar a este grupo de raros? –gritó uno de ellos.

–Te salvaste por esta vez, guatona miserable. Pero ya sabes lo que te puede pasar si te conviertes además en rata, cerda asquerosa. Ni se te ocurra acusarnos, ¿oíste? La próxima vez podría costarte la vida. Y no estamos bromeando –dijo uno de los otros dos, no distinguí cuál.

Rápidamente sentí sus pasos alejarse hacia la puerta, vociferarle a Consuelo que dejara de gritar y el golpe del portazo. Aún estaba con los ojos cerrados.

No recuerdo cuánto rato estuve llorando en el baño. Lo cierto es que ese día no volví a entrar a clases. Me quedé encerrada lavando mi cara una y otra vez frente a los lavamanos, con la blusa empapada, sin lograr sacar de mi mente el olor nauseabundo de su saliva sobre mi rostro. Lloré hasta que el dolor en mi garganta se hizo insoportable, hasta que terminó la hora de Lenguaje y llegó

Consuelo con mis cosas. Estaba realmente agotada, sin fuerzas ni siquiera para salir del baño. Sabía que mi rostro reflejaba las huellas de la tragedia. Esperé que todos se fueran y desocuparan el colegio para poder irme a mi casa.

Después de una interminable ducha, esa noche me senté con todos a la mesa, pero no pude comer. Mis papás me preguntaron si me sentía enferma y les dije que sí. Que tenía un dolor de garganta insoportable y que seguro me iba a resfriar. Me dio pena entristecerlos con lo que me había pasado. Sabía que iban a sufrir tanto o más que yo con lo ocurrido. Por suerte me creyeron. Además, mi mamá se veía radiante esa noche. Estaba de muy buen ánimo y al parecer su crisis estaba quedando atrás. Todos comían de muy buena gana la lasaña que preparó en señal de su recuperación, comentando la inminente llegada a Chile de un cantante francés muy famoso que ellos querían ir a ver con unos amigos peruanos que conocieron en el restorán, pero no lograba enchufarme y conversar. Solo tenía la sensación de la saliva de mis compañeros deslizándose por mi cara y sus insultos repitiéndose una y otra vez en mi mente, sin parar. De pronto, y con una tonta excusa, me disculpé por la comida, dije que iría por el jarabe de siempre y que me acostaría. Mi mamá se ofreció a llevarme un guatero a la cama, a tomarme la fiebre y a acompañarme un rato después de comer. Justo cuando salía del comedor entró Delgadina con el postre. *Zabaione* calentito con *baícoli*, comentó con la cara llena de risa, como quien anuncia que vamos a cantar el cumpleaños feliz. Pero al ver mi plato intacto se giró y me miró con susto. Era mi lasaña favorita, con espinacas, salsa blanca, fondos de alcachofa y pollo desmenuzado, y yo no había probado bocado. No supe qué explicación darle que fuera creíble y simplemente la abracé, me disculpé con ella y salí. Solo quería meterme a la ducha otra vez y dejar que el agua caliente corriera por mi rostro todo el tiempo que fuera posible. Quería

borrar ese olor y esa sensación de mi mente; perderme debajo del vapor para siempre y entrar a una dimensión desconocida. No me sentía bien.

Al día siguiente amanecí realmente enferma y no fui al colegio. No volví nunca más.

CONSUELO

Florencia faltó una semana completa a clases después de aquella humillación. Hablábamos todos los días por teléfono. No era lo mismo el colegio sin ella. Para qué decir los recreos-sin recreo en la biblioteca. Por suerte tenía a Lucho, que aunque no se parecía a mi amiga, era todo un personaje.

Ese martes me asusté cuando la inspectora Arditi salió de la sala después de comunicarnos que Florencia no asistiría al colegio por un buen tiempo tras sufrir un lamentable accidente el día anterior. Tomé mi celular, lo escondí en la pretina de mi falda escocesa y pedí permiso para ir al baño. No podía creer que algo le hubiera pasado a mi amiga sin que yo lo supiera. ¿Chocaría en auto con sus papás? Ayer hablamos por teléfono y no me contó que tuviera planes para salir en la tarde. Bueno, la noté algo triste y callada todavía, pero nada más. Tal vez se accidentó dentro de su casa, en la cocina, o resbaló en la ducha. Algo así perfectamente podía ocurrir. De hecho, a nuestra Malucha le pasó el año pasado y se fracturó cuatro costillas. La pobrecita no podía bostezar ni reírse porque el dolor era insoportable.

A esa hora de la mañana no sospechaba ni remotamente lo que en realidad le había ocurrido. Por mi mente solo pasaron imágenes de ella con una pierna con yeso, un cuello ortopédico o, a lo más,

un parche en su frente. Me lo contó Marta, la sobrina de Delgadina, cuando al fin me comuniqué con su casa.

–Consuelito, fíjese que Florita andaba muy tristona estos días, ni quería salir de su habitación, pero nunca nos imaginamos que podía llegar a eso –me comentó afectada.

–¿Llegar a qué? No te entiendo –le dije.

–Bueno, lo que hizo Florita anoche, pues.

–¿Lo que hizo? ¿Qué hizo? ¿No fue un accidente?

–¿Acaso no sabe que se cortó las venas en la bañera? –me disparó Marta sin aviso, con su acento peruano.

–¿Cómo? –le dije, aunque había escuchado perfectamente.

–Lo hizo con uno de los cuchillos cocineros de hoja más delgada. Con el que don Paolo corta el salmón para *carpaccio*. Nadie vio que se lo había llevado. Simplemente anunció que no se sentía bien, que se iba a dar un baño como cada noche antes de cenar y listo.

–¿Y cómo se dieron cuenta?

–Bueno, la señora Viola echó los ñoquis al agua hirviendo, y usted sabe que flotan altiro y hay que comérselos enseguida, si no se enfrían y se ponen pegoteados, entonces don Paolo subió a tocarle la puerta del baño para que Florita saliera y bajara a cenar, pues. Y como no le respondió, se preocupó y decidió entrar, y bueno, se encontró con la sorpresa.

–¿Sorpresa?

–Claro, el agua de la bañera estaba toda roja como si le hubieran vaciado un frasco de cinco litros de pintura, y Florita inconsciente y con las muñecas cortadas, pues. Por suerte don Paolo tiene harta fuerza, así que la tomó, la sacó del agua, bajó corriendo las escaleras con ella en brazos y la subió a su carro así, “calata” no más, y partió a la clínica sin hablar ni decir nada. Y como hay dos carros en la casa, con la señora y mi tía partimos en el otro detrasito.

–¿Y cómo está ahora? ¿Qué dijo el doctor? –pregunté asustada.

–Que fue un milagro que no se ahogara en el agua o que se desangrara más, que los cortes no fueron muy profundos, y que con un par de transfusiones y reposo pronto estará mejor. Eso sí, habló de que tiene que ir a un psiquiatra.

–¿Psiquiatra?

–Eso escuché. Pero no sé más. Después le pregunta a la "seño" cuando la vea, pues.

–Esta tarde me voy a pasar del colegio a la clínica. ¿En qué piso están?

–En el tercero, pero no me acuerdo de la pieza. Ahí pregúnteles a las señoras de la recepción cuando llegue.

–Ok. Gracias, Marta.

–De nada.

–Chao.

–Chaíto.

Cuando salimos del colegio esa tarde con Lucho nos fuimos caminando hasta el supermercado que está a ocho cuadras. Entre los dos juntamos lo que teníamos y le compramos un ramo de astromelias en tonos blancos y rosados.

Al salir del ascensor, el olor a clínica se instaló en mi nariz y sentí una pena infinita. Caminamos en silencio hasta la pieza 314 y esperamos el "adelante" después de golpear suavemente la puerta. Entramos en puntillas. Ahí estaba nuestra amiga, acostada en la cama, con los ojos semiabiertos y la tez más blanca que vi en mi vida. En el sofá, ubicado entre la cama y la ventana, estaban sentados los tíos con cara de angustia. Pobres, seguramente no durmieron en toda la noche.

–Hola, mijitos –dijo tía Viola al vernos entrar, tratando de esbozar una sonrisa. Tenía ojeras profundas y el pelo revuelto.

–Qué bueno que llegaron –dijo tío Paolo.

Se notaba que vernos era una gran sorpresa. Estaban contentos,

aun cuando no lo reflejaran sus rostros cansados y preocupados. Debía ser terrible para ellos estar en esa situación. Especialmente para tía Viola, que había perdido a su papá hacía muy poco. De solo imaginarlo me daban ganas de llorar.

–Hola –dijimos los dos al mismo tiempo, sin darnos cuenta. Le entregamos las flores a la tía para que las pusiera en un florero. Ambos se levantaron y salieron de la pieza para dejarnos un rato a solas con nuestra amiga.

Cuando al fin se cerró la puerta, me acerqué despacio hasta ella y la besé en la frente. Estaba fría. Al incorporarme la miré a los ojos y ella coincidió con los míos. Al fin sonrió. La conocía muy bien y sabía la pena que estaba sintiendo en esos minutos. Se quedó mirándome un buen rato, como si conversara conmigo a través de sus ojos. Después, miró a Lucho y le sonrió también. Estuvimos cinco minutos sin decirnos nada, no era necesario hablar, ya que nuestras caras, mezcla de alivio y preocupación, lo decían todo. Cuando volvió a cerrar los ojos, decidimos irnos. Seguramente necesitaba descansar.

Al salir de la pieza nos encontramos con los tíos sentados en uno de los sofás de dos cuerpos de la salita de espera. Al vernos, inmediatamente se pusieron de pie.

–¿Ya se van? –preguntó tío Paolo.

–Sí –contesté–. Es mejor que descanse. Está agotada.

–Gracias, gracias por venir –se sumó tía Viola, abrazándonos.

–Espero que cuando todo esto pase y volvamos a la casa me puedan decir qué le pasó a nuestra *bella ragazza*. De pronto dejó de ser la niñita maravillosa y sonriente de siempre y se convirtió en una pequeña triste. Mi intuición de padre me dice que algo le pasó. Si no, ¿por qué no quiso volver más a la *scuola*? Estamos muy preocupados y ya no sabemos cómo ayudarla –agregó tío Paolo con ese tono de angustia que solo encuentras en los padres.

–Por supuesto que sí, tío. Cuando esto pase, vamos a conversar

entre todos.

–Gracias, mijita. Gracias a los dos. Cuando nuestra criatura vuelva a la casa les voy a preparar la mejor pasta que hayan probado en toda su vida –ofreció tía Viola con cariño.

–Adiós –concluyó Lucho, que hablaba por segunda vez desde que compramos las flores en el supermercado.

Nos despedimos de los tíos entre besos y abrazos, y nos devolvimos por el mismo pasillo para tomar el ascensor. Durante el camino, ninguno de los dos abrió la boca. Íbamos demasiado impactados y tristes. Estaba segura de que el silencio de Lucho escondía incontenibles ganas de llorar, pero no me atreví a preguntárselo. Parte de la amistad que teníamos era el respeto por la personalidad del otro. Él tenía la suya, muy hacia adentro, muy silenciosa. Yo, la mía, sensible, pero disfrazada de fuerte. Tenía que protegerme de alguna manera, ¿no? Nadie es perfecto. Bueno, está claro que nosotros tres no.

A esas alturas no me quedaban uñas en los dedos y la confusión me tenía mareada. Solo tenía una certeza: nuestra amiga había tratado de matarse y nosotros sabíamos muy bien por qué. Es más, no solo lo sabíamos, sino que lo habíamos presenciado, vivido y padecido junto a ella durante años, pero de manera mucho más cruel en estos últimos meses. Y lo peor de todo es que sus padres no sospechaban nada, no imaginaban ni remotamente lo que le ocurría a su hija día tras día en el colegio. Los nuestros tampoco.

Estaba claro. Por lo pronto había pocas cosas claras. Entre éstas, que teníamos que hacer algo por Florencia. Algo definitivo y urgente. No podíamos permitir que ella volviera a sentirse tan despreciada otra vez.

Ese “algo” fue lo que nos mantuvo concentrados y mudos todo el camino hacia el metro y luego a cada uno hasta su casa.

FLORENCIA

Entre nubes blancas e imágenes difusas empecé a volver. Por las sensaciones que me invadían supuse que estaba soñando. Pero no lo tenía muy claro. Tal vez no era un sueño. No estaba segura. De pronto algo se despertó en mí, una especie de tirón, mezcla de dolor y presión en mis muñecas. Entonces comprendí lo que me pasaba. Estaba hospitalizada, y automáticamente, como un interruptor que se enciende, recordé lo que hice. Como si fueran las imágenes de una película de la cual yo era protagonista, reviví los gritos, sus rostros rabiosos sobre los míos, sus ojos violentos, sus babas chorreándome entera, colgando desde sus propios rostros como perros, ese olor repugnante, hasta que de pronto pude ver con claridad el momento de los cortes, la abertura limpia y pareja de la carne, mi llanto desconsolado en la tina de agua caliente, y la angustia. Ese gran nudo ciego y doloroso instalado en mi garganta, imposible de desatar. Ahí estaba la visión de mi cuerpo inmenso debajo del agua, de mis pliegues enormes y mis muslos anchos, aumentados. Y luego, ver el agua teñirse de a poco y pasar de la transparencia pura al rojo intenso. Al descanso final.

Traté de mantener mis ojos abiertos, pero no pude hacerlo con naturalidad. Sentía un peso incalculable sobre mis párpados. Y frío. Mucho frío. Me dolía la cabeza. De pronto y a lo lejos oí la

voz de mi mamá. La imaginé junto a mi papá, sentados a mi lado, afligidos y expectantes. Hasta que comencé a sentirla cada vez más cerca de mí.

Incluso podía oler su perfume de siempre. Pero por más que lo intentaba, no lograba abrir mis ojos y reaccionar. Ni siquiera moverme. ¿Qué me pasaba? Solo sabía que estaba desplomada sobre una cama, en una pieza que no era la mía y que mis padres me acompañaban. Nada más.

–Florencia, *amore mio* –escuché a mi mamá, casi susurrante.

–Mmm –traté de pronunciar la palabra "mamá", pero mis labios no se despegaron.

–Tranquila. Ya pasó lo peor. Descansa –repitió varias veces en el mismo tono.

Empecé a perderme otra vez. La voz de mi mamá fue haciéndose cada vez más imperceptible. Como si alguien bajara el volumen de una radio lentamente. Hasta que al fin volví a entregarme al cansancio y no insistí más en abrir los ojos o conversar.

No sé cuánto rato pasó, tal vez horas. Hasta que de pronto mi mente se activó de nuevo y al fin desperté. El dormitorio estaba en penumbra. Seguramente era tarde y la hora de visitas ya había terminado, ya que mis papás no estaban. Así, casi a oscuras, tuve tiempo de pensar, y ya no solo de recordar. Medité largo rato, sin lograr detener la angustia, mezcla de culpa y de temor al futuro, hasta que al fin pude llorar, sola y sin alarmar a nadie más. Sola y libremente.

No sé cuánto tiempo pasé en eso, hasta que el cansancio me venció y volví a dormirme.

Consuelo

De a poco desperté y advertí que estaba sobre mi cama. Seguro me dormí leyendo, como siempre. Ya era de noche y *¿Quién mató a Cristián Kustermann?,* de Roberto Ampuero, estaba tirado en el piso. Tenía los pies congelados, y mientras me estiraba, me pregunté cuántas horas dormí mientras el mundo seguía girando. El dormitorio estaba absolutamente oscuro y no se escuchaba ruido alguno en la casa. Seguramente no había nadie. Al fin y al cabo era sábado, día de juerga de mis papás y de Esperanza.

A tientas encendí mi lámpara y me incorporé para ver la hora en mi reloj despertador. Nueve veinte. Supuse que Florencia estaría acostada en esa cama, toda conectada todavía, e imaginé a sus papás sentados en el mismo sofá, ubicado entre la cama y la ventana, con la misma cara de angustia, aunque más tranquilos, ya que afortunadamente Florencia estaba fuera de peligro. Me pregunté si mejor me acostaba con pijama de una vez para saber quién mató a Cristián Kustermann o bajaba a prepararme algo de comer. Rápidamente, mis tripas en huelga sugirieron lo segundo. Tenía que ingerir algo pronto. Con el cuerpo aún tibio y los pies cada vez más helados traté de tantear las pantuflas, cuando de improviso escuché la puerta de abajo, la de entrada, cerrarse con fuerza. Era demasiado temprano para que fuesen mis papás.

Seguro Esperanza había llegado con sus amigos. Era costumbre en ella llevar un grupo a la casa los viernes o los sábados por la noche. Bueno, además oí varias voces y risas diferentes de hombres y mujeres. No fue tan difícil adivinar que se trataba de mi hermana.

Salté de la cama para ir a la cocina a calentarme algo y de pasada ver quiénes eran los invitados esta vez. Tendrían los mesones de la cocina ocupados con botellas, eso ya lo sabía. Últimamente, Esperanza traía a ese tipo de amigos, con botella incluida, cuando los papás salían con los Torres al cine y a bailar. Como no llegaban nunca antes de las tres de la mañana, tenían tiempo suficiente para pasarlo bien sin que nadie los vigilara.

Bajé las escaleras, me asomé al pasillo y pude distinguir las voces de Claudia y Pancha riendo en el living. Son sus mejores amigas; el grupo líder de su curso. Por lo general, van de compras, escogen la misma ropa, escuchan similar música y hablan igual, con los mismos modismos y gestos.

Una vez abajo sentí el olor del tabaco que rápidamente se paseaba por toda la casa. Supuse además que esas voces masculinas desconocidas serían de sus amigos nuevos, los que conoció la semana pasada en la fiesta de no sé qué colegio. Con el tiempo había perdido la capacidad de concentración con respecto a las nuevas amistades de mi hermana.

En puntillas corrí a la cocina como si estuviera arrancando de la policía. Una vez adentro y a salvo, saqué el plato con arroz y croquetas de pavo que dejó Malucha listo para mí en el refrigerador y lo metí al microondas, mientras llenaba un vaso con jugo y disponía cubiertos, servilleta y pan en una bandeja. Malucha es maravillosa, pensé, mientras hacía equilibrio con todas esas cosas.

Cuando la desagradable y repetitiva alarma del aparato eléctrico me anunció que mi plato ya estaba con la temperatura justa para

ser devorado, entró a la cocina Esperanza, seguida de dos tipos que definitivamente no eran del colegio.

Con un "hola" desabrido, sacaron unos vasos del mueble que está sobre el microondas y hielo del congelador como si conocieran la casa de memoria; me miraron como si necesitaran confirmar algo, no sé qué, y salieron de la cocina. Esperanza vaciaba un megapaquete de papas fritas caseras sobre un gran bol de madera y no se dio cuenta de la mirada que me echaron sus amigos.

Muda y sin involucrarme, tomé mi bandeja y salí de la cocina hacia las escaleras, chancleteando con mis pantuflas igual que mi mamá. Sí, es en lo único que nos parecemos, en la manera de chancletear. Bueno, yo hubiera preferido otro tipo de similitud, físicamente hablando. Cualquier cosa, su pelo, la estatura, sus ojos, sus dientes tan blancos y parejos como los de una barbie; su piel, suave y sin defectos. Algo, lo que fuera. ¡Las pestañas! Habría agradecido todo, sin quejas. Pero no. La naturaleza hizo lo que quiso y no me quedó más que aceptar su voluntad.

No llevaba más de dos o tres peldaños cuando uno de los afortunados de la noche le preguntó algo a Esperanza sobre mí. Entonces, me detuve para escuchar.

–¿Quién era esa de la cocina? –preguntó una de las voces masculinas.

–Consuelo, mi hermana mayor –contestó Esperanza, mientras seguramente se llenaba un vaso con Coca-Cola y un chorrito de ron, su trago favorito.

–¿Tu hermana?

–Sí, mi hermana. ¿Por?

–¿Hermanas de papá y mamá?

–Sí, de papá y mamá. ¿Qué onda?

–Es que son demasiado distintas –agregó otro. No era la misma voz.

–O sea, no tienen nada que ver –siguió el primero.

Rápidamente, Esperanza cambió de tema y sugirió que los galanes pusieran algo de música. Ella sabía que yo estaba abajo, y que era muy factible que estuviera escuchando.

Subí las escaleras, caminé por el pasillo del segundo piso con mi bandeja humeante, pero ahora con menos hambre que al bajar. Cerré la puerta de la pieza con el pie para no escuchar nada más. Y no es que esas palabras me sorprendieran o fueran nuevas para mí. Al contrario. Simplemente venían a reafirmar no solo lo distintas que somos –siempre he tenido muy claro que es así y que esa diferencia no solo tiene que ver con colores, rasgos físicos y contextura–, sino a recordarme que por más que con los años me acostumbrara a ser quien soy y a verme como me veo, era indiscutible e irresistiblemente fea. Y esa noche me dolió especialmente más que en otras ocasiones. No supe por qué.

Dejé la bandeja sobre la cama de Esperanza para abrir la mía, ponerme el pijama y acostarme de una vez. Pero algo, una especie de fuerza superior y cruel me hizo mirarme antes al espejo. Tal vez quería enfrentarme a mí misma. Observarme detenidamente y repasar una y otra vez lo más feo de mí. Reconocerme fea y ya no solo imaginarlo o suponerlo. Necesitaba encontrarme con mis ojos saltones de pestañas cortas y gachas, mis dientes enormes y pronunciados, mi pelo indomable e incorregible, el mentón demasiado sobresaliente y mi piel llena de imperfecciones. Y ahí me quedé, grabando en mi memoria cada detalle de mí misma por un largo rato. Al fin, me saqué las pantuflas, me puse el pijama y recogí el libro del suelo para retomar a Ampuero. La comida se enfrió en mi plato y ya no quise comer.

Antes de seguir con la lectura recordé a Florencia. Por primera vez me sentí identificada con ella en el dolor, y hasta pude entender por qué llegó a ese extremo.

FLORENCIA

Cuando bajé del auto esa mañana, mis pies tuvieron que hacer un gran esfuerzo por soportarme y mantener el equilibrio. Una semana internada me había pasado la cuenta. Estaba débil.

Tras cruzar el umbral de la puerta principal de la casa, me encontré con Delgadina y Marta, que me esperaban con su mejor sonrisa; también estaban mis abuelos Agostino y Letizia, que se veían visiblemente emocionados, y con Consuelo mordiéndose las uñas. Verlos me apenó aún más.

Todos me abrazaron y me dieron la bienvenida. Rápidamente sentí olor a albahaca y me imaginé que Delgadina estaría preparando pesto. La imagen del mortero de mármol y la albahaca molida, los pistachos y las cabezas de ajo esparcidas sobre el mesón me abrió el apetito. Al fin estaba en casa y comería decentemente. Mis días de clínica y de menú para enfermos habían terminado.

De la mano de mi mamá y en silencio subí lentamente los peldaños hasta llegar a mi dormitorio, que estaba muy ordenado y con la cama abierta, lista para recibirme. Las cortinas descorridas dejaban pasar la luz del sol, que destacaba los colores de un precioso ramo de fresias en tonos amarillo y fucsia, dispuesto sobre mi escritorio, en el jarrón de cristal de la abuela que tanto

me gusta. Sobre mi velador, además de la lámpara con lágrimas y la foto de mis papás, había un paquete de regalo de varios colores, que seguro era para mí.

Cuando al fin todos salieron y me quedé sola en la pieza, me puse un camisón nuevo que estaba sobre la sillita ubicada al lado de la ventana, y me metí en la cama. Seguro me lo compró la abuela. Ella siempre está llena de detalles, especialmente conmigo. Estiré las piernas intentando llegar lo más al fondo posible para alcanzar lo frío de las sábanas. Traté de relajarme con la mente en blanco, pero rápidamente comencé a sentir los latidos en las heridas aún vendadas. Todos esos días en la clínica los había sentido. Eran como un ayuda-memoria, un *post-it* o como un "torpedo" que me recordaba permanentemente lo que había hecho. Entonces, volvió la angustia, ese horrible sentimiento tan difícil de manejar, mezcla de desolación, desorientación y miedo, que hacía mucho tiempo se había apoderado de mí. Creo que recién en ese minuto, acostada en mi cama, entendí que algo había cambiado en mí para siempre. Que algo terrible había pasado conmigo.

¿Cómo enfrentaría la vida de ahora en adelante? No tenía la más remota idea. Solo sabía que no quería volver a salir de mi cama, de mi dormitorio ni de mi casa nunca más en la vida. Y el "combo" incluía el colegio, que no pensaba pisar en los próximos veinte años.

CONSUELO

–¿Aló? –dije después de correr al teléfono advertida por Malucha. Estaba impresionada. Nunca es para mí.

–¿Consuelo? –me dijo una voz que no reconocí.

–Sí. Con ella. ¿Quién es?

–Mariana López –respondió con amabilidad.

Seguro quería pedirme un cuaderno para copiar materia atrasada, pensé.

–Hola –dije.

–Hola. Te llamo porque, bueno, no sé cómo decirte que... Mira... mejor métete al *blog* de Juanita Aguirre. Ella y sus amigas escribieron algo sobre ti y Florencia.

–Ah… –dije, sin saber qué más agregar.

Acto seguido, sentí un escalofrío recorrerme entera y el mismo temor que me provoca el trío del curso cuando me insulta gratuitamente.

–Lo siento. Solo te pido que no me nombres. Nunca te llamé, ¿ok?

–Ok.

–Chao –dijo y cortó.

Subí rápidamente las escaleras de dos en dos y entré a nuestra pieza, donde tenemos un computador que compartimos con

Esperanza, en un mini escritorio que se ubica al lado del mueble donde está el televisor, frente a las camas paralelas. Rara vez lo ocupo. Lo miré, me senté en la cama y dudé. No sabía si estaba preparada para lo que venía y no quería pasar otro mal rato. Al fin, respiré hondo, estiré el brazo, lo encendí y esperé que se cargara para entrar a internet. Busqué el *blog* en Google y me quedé inmóvil hasta que se abrió. En silencio comencé a leer lo que Juanita y sus amigas comentaban sobre mí y Florencia. Las palabras "guatona", "cerda", "asquerosa", "fea" y "perdedora" se repetían una y otra vez. Pero no fue sino hasta que aparecieron garabatos y frases en tonos abiertamente sexuales que entré en una especie de *shock* y comencé a llorar. No podía creer lo que estaba allí escrito.

Esperanza, que estaba en el baño alisándose el pelo, salió rápidamente al escuchar mi llanto.

–¡Qué pasó! –dijo asustada aleteando con el cepillo en la mano. Y es que seguramente era la primera vez que me veía llorar. Jamás lo hago.

–Nada, nada –le contesté entre sollozos y tiritones que no lograba controlar.

–Pero cómo que nada. Dime, qué te pasó. ¡Dime!

–No puedo más –le dije y me tiré en la cama donde seguí llorando sin parar. Entonces, salió corriendo a llamar por teléfono a mi papá para que se viniera de la consulta cuanto antes con mi mamá.

Esa noche, mis papás y Esperanza me acompañaron largo rato en nuestro dormitorio. Después de leer el *blog*, mi papá decidió que lo mejor que podía hacer era ir al colegio y conversar con la directora. No permitiría que una situación de tamaña crueldad e injusticia quedara impune, y menos si afectaba a su hija. Mi mamá se quedó muda largo rato, de pie junto a mi hermana, hasta que de pronto me preguntó si quería cambiar la decoración de mi pieza

para alegrarme un poco. Entonces y en silencio, mi papá la abrazó, la besó en la frente y le hizo cariño en su pelo. Después se sentó a mi lado, sobre la cama, donde estaba acostada. Me miró a los ojos con una expresión de infinita lástima, luego me estrechó contra su pecho fuertemente y comenzó a llorar visiblemente afectado. Entre lágrimas y sollozos le conté lo que había sufrido desde siempre, le hablé de lo que pasó con Florencia, y le supliqué que me dejara quedarme en la casa, quedaban solo tres semanas para cerrar el año y tenía muy buenas notas.

–Lo que te pasa es tremendo, preciosa, y no voy a permitir que sufras más. ¿Por qué no nos contaste nada antes? Bueno, no es momento de dar explicaciones. Tranquila. Lo vamos a resolver. Te lo prometo –me dijo mientras aún estábamos abrazados.

–Preciosa, te vamos a dejar el dormitorio increíble, prácticamente nuevo, y vamos a ir juntas a comprar las telas y la pintura –agregó mi mamá sin saber qué decir.

–Bueno, ahora quiero que te tranquilices y seques esas lágrimas. Vamos, suénate –me dijo él, mientras me pasaba los pañuelos desechables que tenemos en el velador–. Voy a llamar a los padres de Florencia ahora mismo. Esto tenemos que arreglarlo juntos. No los conozco, y es un error siendo Florencia tu mejor amiga, pero nunca es tarde. Esto tiene que cambiar. Somos tus papás y vamos a apoyarte y a estar contigo como siempre. Y si fallamos al no darnos cuenta... bueno, si nos equivocamos y... te pido perdón –dijo y comenzó a llorar otra vez. Me sentí tan triste por ellos. No quería preocupar a nadie, pero evidentemente no podía más con esta pena yo sola.

–Y yo te juro que voy a hacer lo mío en el colegio. Que se preparen esas brujas. Tengo más amigos que ropa en mi clóset –agregó Esperanza, pero rápidamente mi papá se opuso y le hizo jurar que no haría nada, que ya bastante teníamos con lo que había pasado. Ella aceptó, pero a regañadientes. Pude verla saborear esa

inminente venganza y luego esa luz apagarse rápidamente. Ambos volvimos a sonarnos, y mi mamá fue por no sé qué pastilla y un vaso con agua para que descansara y durmiera bien.

Cuando salieron de mi pieza me sentí feliz, a pesar de todo. Tenía una gran familia que me quería de verdad, y eso era suficiente para mí.

FLORENCIA

Íbamos en el metro esa tarde con Marta. Hacía un calor desesperante dentro del vagón, que para colmo iba repleto. Ese día nos ofrecimos para ir a la Vega Central a comprar los condimentos para el negocio, y ya estaba arrepentida. Como Marta salía temprano ese lunes y yo no estaba yendo al colegio, era lo mínimo que podíamos hacer. Además, ella me juró que prácticamente no tendríamos que caminar. Una vez dentro, pude sentir varias miradas sobre mi cuerpo, pero traté de pensar en otra cosa. Marta canturreaba bajito uno de sus boleros favoritos, mientras yo iba concentrada en un escolar un poco menor que yo, que iba acompañado de una mujer de alrededor de unos cuarenta años, calva, sin cejas ni pestañas y con unas ojeras muy profundas. Ella iba sentada, y él de pie a su lado. Seguro tiene cáncer, pensé. Y seguro es su mamá. Tenían exactamente la misma nariz y los mismos ojos. Los observé de tanto en tanto para que no notaran que los estaba mirando. Yo sé lo que es sentir ese tipo de incomodidad. Conozco muy bien esa sensación.

Entonces, no sé por qué, recordé aquella mañana de invierno hace algunos años, cuando la inspectora Arditi irrumpió en la sala y sacó a Gonzalo de la clase. Su madre había muerto. Fue una larga enfermedad. Siempre supimos que estaba enferma de cáncer,

prácticamente desde que él nació. Recuerdo haberla visto un par de veces en el colegio, siempre en su silla de ruedas, tan pálida, tan frágil.

Gonzalo no tenía hermanos y su padre, un importante hombre de negocios, se lo pasaba viajando por el mundo. Las pocas veces que lo vi andaba muy bien vestido, al extremo elegante. Nunca vi a mi papá usar un traje así. Ni siquiera para el matrimonio de tío Dante.

Esa tarde, mientras viajaba con Marta, pude ver en el rostro de esa desconocida la verdadera cara de la muerte, y sentí una pena infinita por ese muchacho. Lo imaginé sentado en una banca de iglesia, llorando frente al ataúd de su madre. No sé por qué, pero lo imaginé con el rostro de Gonzalo. Y de pronto volví a aquella mañana de clases, a la interrupción de la inspectora y a su rostro compungido saliendo de la sala con su mochila al hombro, temiendo lo peor. Más bien sabiéndolo. Sabiendo que su mamá había muerto mientras él estaba en el colegio. Recordé el funeral, la iglesia, el frío, el par de chicas tocando la guitarra, a todos nosotros sentados a un costado y a Gonzalo, en medio de su nana de toda la vida y de su abuela, al otro. No recuerdo haber visto a su papá ese día.

Pensaba en eso, recreando en mi mente el rostro de la mamá de Gonzalo, cuando el tirón de Marta me hizo reaccionar para que nos bajáramos porque ya estábamos en la estación del metro Patronato. Antes de bajar, me volteé para ver por última vez el rostro de esa madre y el de su hijo, pero la multitud me lo impidió.

Consuelo

Cuando miss Julia, la directora, abrió la puerta de su oficina y nos hizo pasar, sentí un miedo insoportable e incontenibles ganas de huir a toda velocidad. Afortunadamente, mis papás estaban conmigo y me tomaron de la mano para entrar. Era la primera vez que estaba ahí y me pareció un lugar bastante acogedor. En uno de los muros colgaban al menos unos veinte cuadros enmarcados en blanco, con trabajos de Arte de alumnos del colegio. Se veían muy bonitos. Sobre su enorme y desproporcionado escritorio había una torre de carpetas azules plastificadas a punto de caer, y más allá, un teléfono lleno de luces que se encendían y apagaban. A su derecha y sobre otra mesa, se encontraban su computador y un tazón de cerámica blanco con la palabra "París" impresa en negro, lleno de lápices grafitos amarillos con puntas extremadamente afiladas como lanzas. La ventana que estaba a su espalda daba a un patio que nunca había visto. Tenía unas ramas gruesas repletas de hojas verdes y flores rosadas.

En silencio esperé que miss Julia empezara a hablar. Mi papá me tomó de la mano y no me la soltó en mucho rato. Sabía que de mis palabras dependía la permanencia en el colegio de varios compañeros y que eso me tenía angustiada y culposa. No quería comprometer a nadie ni causar daño alguno a los demás, pero

entendía que si quería quedarme y seguir estudiando aquí, mi convivencia con ellos sería insoportable, imposible, y nada bueno saldría de ello.

Miss Julia comenzó a hablar y yo a morderme las uñas de la mano que tenía libre. Cuando me pidieron los nombres sentí náuseas y sin control alguno me puse a llorar. Rápidamente me refugié en el pecho de mi papá y le pedí que nos fuéramos, que no importaba, que había muchos otros colegios y que yo estaría mejor. Entonces, sentí la voz de miss Julia, quien se había levantado y ya estaba en cuclillas, a mi lado.

–Querida, tranquila. Sé que lo has pasado mal. Si no te sientes preparada, podemos dejarlo para otro día. Solo te pido que lo tomes con calma. Todo se va a solucionar. Cuando te sientas mejor podemos volver a reunirnos. El colegio te va a apoyar y yo personalmente voy a hacerme cargo de esta situación.

–Yo... bueno... –me costaba hablar.

Estaba aterrada y recién comenzaba a dimensionar el efecto de ese maltrato en mi vida.

Imaginaba además que Florencia había sufrido aún más que yo. Mucho más. Y creo que fue su imagen acostada en esa cama de hospital con las muñecas vendadas, la que me hizo hablar. Rápidamente recordé la escena de Gonzalo, Matías y Nicolás escupiéndola en la sala, insultándola en la *kermesse* y tantos otros momentos horribles para ella; fue suficiente. Se lo debía a ella. Y a Lucho también, aunque al parecer a él no le importaba demasiado. O al menos no tanto como para cerrar el año y mandarse a cambiar a su casa. Estaba claro de que si no era capaz de hacerlo por mí, bueno, tenía que hacerlo por mis amigos.

Al final, fue más sencillo de lo que creí. Di los nombres del trío del terror y el de Juanita Aguirre y sus amigas, las del blog. Además, les conté todo lo que Florencia vivió en los últimos meses. Acto seguido, miss Julia me abrazó, me dio las gracias y

me prometió que las cosas cambiarían. Felicitó a mis papás por su apoyo, por acompañarme y defenderme, y consintió en cerrar mi año escolar, atendiendo a mis excelentes notas y a lo sucedido.

Antes de salir, nos abrazó nuevamente y nos deseó felices fiestas de fin de año. Reconozco que me sentí muy apoyada, pero aún culpable y temerosa. Sabía que mis compañeros se merecían un castigo, pero tal vez no uno tan drástico.

O tal vez sí.

Al salir de la oficina y pasar por el patio, la sola posibilidad de cruzarme con alguno de ellos me perturbó más de lo imaginable. Caminé aterrada mordiéndome las uñas. Afortunadamente nada ocurrió. Era horario de clases y los pasillos estaban vacíos, como si fuera domingo.

Salimos del colegio, subimos al auto y nos alejamos de ahí. Mi papá me miraba por el espejo retrovisor de tanto en tanto. Cuando coincidíamos, me guiñaba un ojo. Eso lo hace siempre que está angustiado. Sentí pena por ellos, por mí.

Durante el viaje, sentada atrás, me pregunté qué vendría ahora. Florencia y yo no volveríamos al colegio en lo que quedaba del año escolar, y la sola posibilidad de enfrentarme a Juanita y a sus amigas o de soportar las humillaciones de Gonzalo y sus secuaces me paralizaba.

Mi mamá me preguntó si quería acompañarla a Independencia a comprar telas. Se había tomado la mañana libre y quería comprar unos velos estampados para redecorar el ventanal de la cocina. Acepté.

Esa tarde, mi papá llamó a la casa y preguntó por mí. Solo quería saber cómo estaba. No recordaba haber recibido una llamada suya antes.

FLORENCIA

Navidad llegó de pronto y, como siempre, de la mano de los *brownies* bañados con chocolate amargo que prepara mi mamá cada año en esas fechas y que decora con queso *mascarpone*.

Es tiempo de mermeladas caseras, de *pandolce* con pasas, frutas secas y abrillantadas, piñones y pistachos; de *focaccia* en versión dulce con pistachos, y ya no la típica que comemos durante el año con aceite de oliva, salvia y queso; de *ravioli* dolci hecho con pasta dulce, ricota y chocolate, y de torta pasqualina de acelgas cortadas finas y salteadas con ajo, huevo, queso rallado, sal, y mejorana picada, y rellena además de huevos enteros que al hornearse quedan cocidos.

Diciembre es un mes literalmente delicioso. Nada que hacer.

Adoro ver la casa decorada en rojo y blanco, y los pinos que flanquean la puerta de entrada iluminados con luces multicolores, igual que los pilares de la terraza. Para qué decir lo feliz que me hace hornear *amaretti*, unas galletas hechas con pasta de almendras, y decorarlas con mi mamá, Delgadina y Marta. Hacemos cientos de estas y armamos lindos canastillos que regalamos a nuestros familiares, amigos y clientes especiales.

A pesar de que ya no necesitaba las vendas en mis muñecas, seguí usándolas para proteger las cicatrices del sol y mantener las

propied

Esta
prepara
en la t
pandol
pasaría

Lucho
colegio
postrau
sus ami
mi tera
experta
cosas r
colegio
la comi

Consu
a tejer e
ilustrad
me rega

Segur
vivido
Gonzal
mal dur
y hasta
convers

Llega
había si
marzo,
encontr

De un
mirarm

lades de las cremas cicatrizantes que me recetó el doctor.
tarde vendrían Lucho y Consuelo a la casa. Delgadina
ría un *kuchen* de ricota con arándanos que vimos cocinar
ele días atrás, y mi mamá seguro nos regalonearía con
ce. Marta dejaría amaretti o galletas de coco horneadas y
mos un rato juntos, los tres, como hacía mucho tiempo.
o tenía mucho que contarnos acerca de la situación en el
, la expulsión de nuestros agresores y del ambiente
mático que quedó en el curso. Especialmente con Juanita y
gas. Yo quería compartir con ellos los detalles y avances de
pia. Ya había asistido a cuatro sesiones con una terapeuta
en *bullying* escolar y había logrado comprender algunas
no solo relacionadas con esta experiencia macabra en el
, sino conmigo, mi autoestima, mis afectos y mi tema con
da.
uelo vendría con palillos y lana para que Marta le enseñara
el punto arroz. Lucho nos mostraría sus primeras historietas
as por él. Y yo contaría mis avances con el telar maya que
alaron mis papás cuando volví de la clínica.
ro nos pondríamos al día de tantas cosas que habíamos
en los últimos meses. Les contaría sobre la llamada de
o Parra la noche anterior. De sus disculpas por tratarme tan
rante todos estos años, del colegio al que estaba postulando
de su ofrecimiento de visitarme un día de estos, solo para
sar.
ba a fin de año con muy pocas cosas claras, salvo que
ido muy difícil y doloroso. Sabía que volvería al colegio en
que mi familia era maravillosa y que, sin esperarlo, había
rado a los mejores amigos que cualquiera querría tener.
na cosa sí estaba segura: trabajaría duro para jamás volver a
e con esos ojos despiadados.